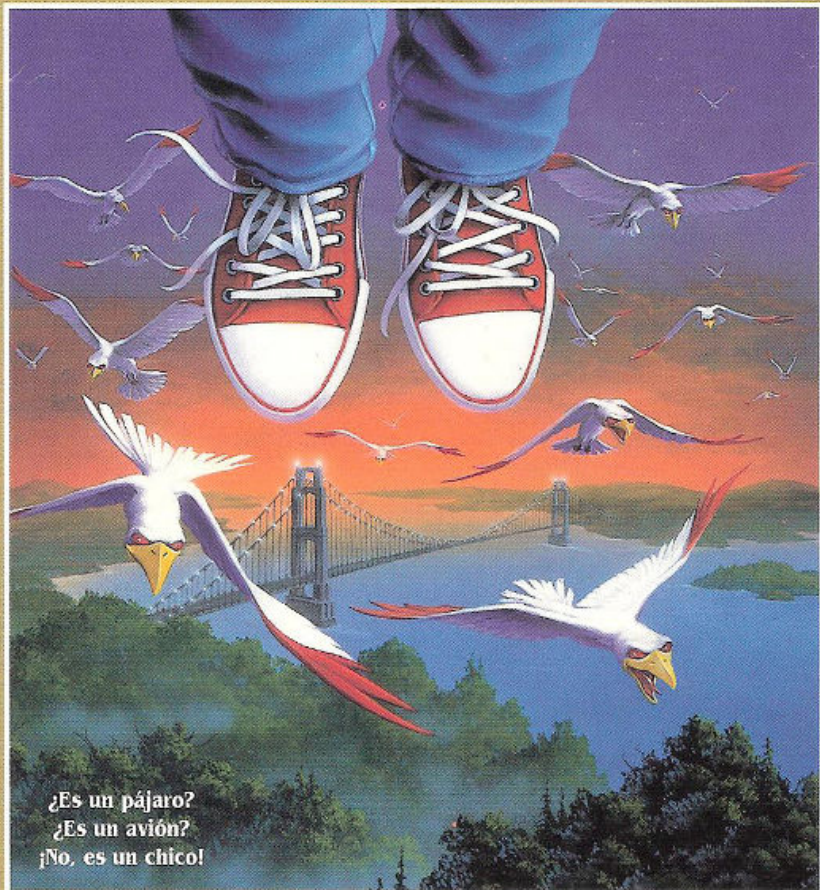


R. L. STINE

pesadillas

Cómo aprendí a volar



¿Es un pájaro?
¿Es un avión?
¡No, es un chico!

de

Aunque hayas conocido a alguien con la cabeza llena de pájaros, seguro que no le llega a Jack a la altura del zapato.

Desde que éste encontró un misterioso libro llamado «Lecciones de vuelo» su vida se ha complicado mucho. Ya era bastante difícil, antes, vivir como lo hacía, siempre atormentado por el bruto de Wilson Schlame... Pero ahora que ha aprendido a volar gracias al libro, las cosas han ido peligrosamente a peor: se han puesto por las nubes.



R. L. Stine

Cómo aprendí a volar

Pesadillas — 50

ePub r1.0

javinintendero 09.07.13

Título original: *Goosebumps #52: How I Learnt to Fly*

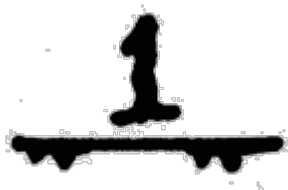
R. L. Stine, 1997

Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0





El día que aprendí a volar estaba preocupado por Wilson Schlame. La verdad es que me pasaba muchísimo tiempo preocupándome por él. Siempre tenía problemas con ese chico.

¿Sabéis por qué? Porque se cree mejor que yo. Y yo sé que no lo es.

Soy Jack Johnson. Y no soy de esos que disfrutan compitiendo. De verdad. No me gusta nada de nada competir. Siempre dejo que mi padre me gane al ajedrez. E incluso permito que mi perro Morty me venza en los encuentros de lucha libre que practicamos en el suelo del salón.

Pero Wilson no me da ni un momento de respiro. Siempre tiene que demostrar que es el mejor en todo. Si estoy mascando chicle, intenta hacer globos más grandes. Y cuando ve que el mío es el doble de grande, dice que el suyo es más redondo. Y si mi globo es más grande y más redondo, me lo explota con el dedo en toda la cara.

Ese chico es un incordio. Un incordio de verdad. Sobre todo cuando Mia Montez anda cerca.

Mia es la chica más guapa de todo el colegio Malibú. Se lo podéis preguntar a cualquiera. Toda ella es una preciosidad. Tiene unos ojos verdes muy grandes y una naricilla perfecta. Creo que fue en su nariz en lo que primero me fijé. Me encanta. Supongo que es porque yo tengo una narizota enorme.

Mia también tiene el pelo precioso. Corto, liso, negro y muy brillante. Mi pelo también es oscuro, como el suyo, pero rizado.

Demasiado rizado.

¿Sabéis lo que le gusta a rabiarse? Los corazones. La verdad es que parece lógico porque nació el día de los Enamorados. Siempre lleva un collar de corazones y un brazalete muy bonito con muchísimos corazones de plata y oro colgando. En la mano derecha lleva un anillo de rubí en forma de corazón. Y tiene unos pendientes a juego. Está guapísima con todos esos corazones.

En fin, el caso es que cuando Mia anda cerca, Wilson se pone inaguantable. Tiene que presumir delante de ella y demostrar que es el mejor.

A Wilson le gusta competir. Y ganar.

Así que, ¿qué remedio me queda? Debo demostrar a Wilson que se equivoca. Tengo que probar que soy tan bueno como él, no quiero que Mia piense que soy un desastre.

—Jack, ¿me dejas la goma? —Mi amigo Ethan Polke me dio un golpecito en el hombro. Ethan se sienta detrás de mí en los ratos de tiempo libre. Nunca tiene gomas porque siempre las pierde.

—Vale.

Me giré y le di la goma nueva que me había comprado ayer, porque anteayer me había perdido la otra. De todas formas yo casi nunca utilizo la goma. Y menos cuando dibujo superhéroes. Me encanta dibujar superhéroes. La verdad es que se me da muy bien. Nunca tengo que retocar ni una sola línea.

—¡Oye! ¡Es alucinante! —Ethan señaló mi dibujo del Increíble Hombre Láser.

El Increíble Hombre Láser es mi nuevo superhéroe. Dibujo superhéroes todos los días: por la mañana antes de ir al colegio, durante el tiempo libre y por la tarde después de hacer los deberes. Y cuando me voy a la cama, sueño con ellos.

Cuando sea mayor, me haré dibujante de cómics. En casa tengo una carpeta llena de mis dibujos de superhéroes: el Halcón Valiente, el Hombre Sombra, la Mantis Enmascarada. Estoy seguro de que algún día todos serán famosos.

Miré mi dibujo del Increíble Hombre Láser.

Llevaba un traje de lo más chulo, tan ajustado que se le marcaban todos los músculos. Su ancho pecho lo atravesaba un poderoso rayo, y otros dos bajaban en zigzag por sus musculosas

piernas.

Le había dibujado unas gafas negras para esconderle los ojos y que nadie conociera su identidad. Ni yo mismo la conocía aún. Primero dibujaba el personaje y luego me inventaba la historia.

El increíble Hombre Láser tenía los robustos brazos alzados al cielo y justo cuando había terminado de dibujarle unos rayos láser que le salían disparados de los dedos, sonó el timbre que indicaba el final de la clase.

Me levanté de un brinco. Estaba deseando enseñarle a Mia el Increíble Hombre Láser. ¡Seguro que le iba a encantar!

—¡Oye, Mia! —Le tendí el dibujo—. ¿Quieres ver mi...?

—Aparta, Jackie. —Era Wilson, que también llevaba un dibujo y me dio un empujón de espanto. Me caí encima del pupitre de Mia y el dibujo se me fue al suelo.

—¡Gracias, Wilson! —Mia cogió la hoja de Wilson y le dedicó una gran sonrisa—. Mira, Jack. Mira lo que ha dibujado Wilson.

Eché un vistazo por encima del hombro de Mia. Wilson había dibujado todo un equipo de superhéroes. Eran cinco y estaban pintados a todo color. Arriba, con letras brillantes, había escrito:

LOS PROTECTORES DE MIA.

¡Aaaj!

—¡Mira lo que ha dibujado Jackie! —exclamó Wilson levantando mi dibujo del suelo.

—¡Wilson, no me llames Jackie! —protesté—. Te he dicho cien mil veces que odio ese nombre.

—Perdona. Se me había olvidado. —Sonrió—. No pasará más, Jackie.

Le miré furioso.

¡Devuélveme mi dibujo! —le grité enfadado.

Tendí la mano, pero Wilson fue demasiado rápido y lo acercó a la cara de Mia.

—¡Es el Increíble Hombre Lazos! —dijo muerto de risa.

Mia soltó una risita. Yo quería desaparecer de la tierra.

—Es muy bonito, Jack —comentó Mia devolviéndome la hoja. Luego ella y Wilson se pusieron las mochilas y salieron de clase.

«Vale. A Mia le gusta más el dibujo de Wilson. No pasa nada —me dije, metiendo la hoja en la mochila—. Ya verás cuando

salgamos. Ya verás cuando le enseñe a Mia mi bici de carreras de veintiuna marchas. ¡Va a alucinar!»

Salí corriendo, justo a tiempo de ver a Mia dando vueltas en torno a mi bici nueva.

—¡Qué chula! —exclamó, intentando verse reflejada en el manillar—. A lo mejor les pido a mis padres que me regalen una igual para mi cumpleaños.

Sabía que Mia se quedaría impresionada.

—Seguro que no querrás eso para tu cumpleaños —dijo Wilson con una risita—. ¡Ésta es mucho mejor! —Y señaló su bici nueva. Una bicicleta de cross superresistente.

—¡Hala! —exclamó Mia—. ¡Qué guai!

Se me hizo un nudo en el estómago.

—A mí no me gustan las bicis de carreras tan finuchas —dijo Wilson señalando mi bici con la cabeza—. Son muy endebles. A mí me gustan las bicis de verdad.

¡Estaba furioso! Tenía ganas de coger la bici de Wilson y aplastarle la cabeza con ella. Mi bicicleta nueva era alucinante. No era nada frágil.

¿Por qué todo tenía que ser una competición? ¿Y por qué siempre ganaba Wilson? Cómo iba yo a imaginar que la competición no había hecho más que empezar.

2

—¡Gané! —exclamó Wilson. Saltó de su bici, la apoyo contra el árbol que hay delante de mi casa y levantó los puños—. ¡El caracol llega en segundo puesto! —proclamó cuando llegué empapado en sudor.

—Ha sido una carrera estupenda, chicos —dijo Mia, que se acercaba pedaleando.

Yo quería volver a casa al lado de Mia, pero Wilson quiso echar una carrera. Y a Mia le pareció fenomenal.

Las colinas de Malibú son geniales para correr. Hay un montón de curvas. Me encanta subir en bici y luego bajar a coda pastilla. Además, se me da estupendamente tomar las curvas más cerradas.

Así que me aferré bien al manillar. Me sentía muy seguro. Tenía veintiuna marchas. Empezó la carrera y Wilson ganó.

Apoyé mi bici junto a la de Wilson intentando recuperar el aliento. Morty, mi cocker Spaniel color rojizo, salió a saludarnos.

—¡Eh, Morty! —Mia acarició el cuello del perro y los corazones de su pulsera tintinearón suavemente. A Morty le gusta Mia tanto como a mí.

Meneaba la cola como un loco y se puso a dar brincos para lamerle la cara. Después la emprendió conmigo.

—Vaya, ahí viene el perro de Wilson. —Mia señaló la casa de Wilson, al otro lado de la calle. El enorme labrador venía a toda velocidad.

—¡Para! —Wilson se echó a reír cuando el perro se abalanzó sobre él con tanta fuerza que casi lo tira al suelo—. Terminator es

dos veces más grande que Morty —alardeó ante Mia.

—Pero Morty es más listo —presumí yo—. Le hemos enseñado a llevar su plato al fregadero cuando termina de comer.

—¡Qué listo! —exclamó Mia.

—¿A eso lo llamas ser listo? —se burló Wilson—. Nosotros hemos enseñado a Terminator a contestar al teléfono cuando no estamos.

—Eso sí que es ser inteligente —dijo Mia—. Es muy listo.

—Eso no es ser inteligente —protesté—. Morty sabe ponerse boca arriba y...

—¡Oh, noooooo! —oímos gritar.

La señora Green, mi vecina, asomó la cabeza por la puerta y lanzó un grito mientras miraba horrorizada el árbol al otro lado de la calle. El árbol que había delante de la casa de Wilson.

Allí estaba Olive, la nueva gatita de la señora Green, en el extremo de una rama muy alta. Tenía el pelaje erizado y temblaba de la cabeza a los pies.

—¡Pobre Olive! —exclamó Mia—. ¡Se va a caer! ¡Hay que salvarla!

—¡Yo la salvaré! —gritamos a la vez Wilson y yo.

«¡Oh, no! ¡Tú no, Wilson! —pensé—. Esta vez no vas a ganar.»

Salí disparado por la calle machacando el asfalto y llegué al árbol primero.

—¡Aúpame! —le ordené a Wilson. Antes de que pudiera decir nada, coloqué las manos alrededor del tronco del árbol y levanté el pie. Wilson me aupó.

Trepé poco a poco por el tronco. Miré a lo lejos, a las colinas. Mis ojos siguieron el sinuoso camino que trazaban hacia abajo, cada vez más abajo, hasta la playa, la arena se extendía por la costa durante kilómetros. Bajé la vista y sonreí a Mia.

—¡Deprisa, Jack! —exclamó ella, nerviosa.

—No te preocupes —dije—. Allá voy.

¡Sí! Allá voy a salvar a Olive. Y tú no, Wilson.

Seguí subiendo y subiendo, hasta que llegué a la rama donde estaba Olive, que temblaba de miedo de la cabeza a los pies y lanzó un maullido de terror al verme. Observé la rama. Era muy delgada. No sabía si aguantaría mi peso.

—¿A qué esperas, Jackie? —Wilson sacudió el árbol—. Si tienes miedo ya subo yo a cogerla.

«¡Ja! ¡De eso nada, Wilson!»

Empecé a trepar por la rama muy despacio.

Olive maulló y yo me detuve. Avancé un poco más. Olive se alejó. Me paré de nuevo, Olive me miró a los ojos y de pronto alzó las patas delanteras. ¡Iba a saltar!

Desde allí arriba oí el jadeo de la Señora Green y de Mia.

—No, Olive —supliqué con suavidad—. No te vayas.

Me acerqué un poco más, lo justo para cogerla.

Tendí la mano hacia ella. Toqué con los dedos su suave pelaje.

Entonces se me resbaló la rodilla y perdí el equilibrio. Me incliné hacia la izquierda.

—¡Noooooooo!

Lancé un grito al ver que me caía del árbol.

3

Alcé los brazos, intentando frenéticamente alcanzar la rama, pero fallé. Se me subió el estómago a la garganta al caer al vacío. Cerré los ojos, preparado para sentir el fuerte golpe contra el suelo.

—¿Eh?

Algo blando frenó mi caída.

—Ya te tengo, Jackie.

Wilson me tenía en sus brazos y me sostenía como un bebé.
¡Genial!

Entonces oí un aplauso. El aplauso de Mia.

Y Wilson me tiró al suelo.

—¡Aaaaay! —Me di un batacazo con la cabeza en el cemento.

—¿Estás bien? —La voz de Mia sonaba muy lejana.

—Sí, es... —comencé a responder intentando incorporarme. En ese momento vi que no me estaba prestando ninguna atención. Estaba inclinada sobre Wilson, observando con detenimiento el dedo hinchado que él le mostraba.

—Estoy bien —aseguró él—. Jack no pesa mucho.

—¡Noooo! —chilló la señora Green—. ¡Olive! ¡No!

Olive estaba colgada de una sola pata en la rama. Wilson trepó por el árbol y avanzó por la rama. El árbol crujía bajo sus robustas piernas, pero a Wilson le daba igual. Parecía muy seguro de sí mismo. Atrapó a Olive con una mano y volvió a bajar por el tronco.

—¡Gracias! ¡Gracias! —La señora Green rodeó con los brazos la ancha espalda de Wilson.

A mí se me cayó el alma al suelo. Me sentía fatal.

Luego la Señora Green volvió a su casa con Olive acurrucada en sus brazos. Mire mi jardín, donde Morty y Terminator se peleaban en la hierba. Terminator le propinó tal golpe a Morty con su enorme pataza que mi perro salió volando por encima del seto. Terminator echó a correr, saltó sobre el seto y alcanzó a Morty antes de que el pobre aterrizara. Le dio un golpe y se arrojó sobre él. Morty gañía indefenso, inmovilizado por Terminator.

—¡Basta, Terminator! —grité, dirigiéndome hacia ellos.

—Déjalos en paz. Están jugando —afirmó Wilson.

Pero yo fui a rescatar a Morty.

Hasta el perro de Wilson tiene que ganar siempre —gruñí—. Morty y yo somos unos completos fracasados.

—Eh, chicos, me tengo que ir a casa. —Mia se subió a la bici—. Acordaos de que el sábado es mi fiesta de cumpleaños.

—¡Allí estaré! —le contestó Wilson—. Me llevaré a Terminator porque tiene una sorpresa para ti.

Yo lancé un gruñido.

—¿Vendrás a la fiesta, Jack? —me preguntó ella alegremente.

—Bueno... no sé. —Intenté pensar en alguna excusa.

Odio las fiestas. No me entendáis mal. Me gusta ver a mis amigos, pero no en las fiestas. Nunca me lo paso bien en ellas, y menos si hay juegos.

Odio los juegos de las fiestas. Sobre todo si Wilson participa.

—Esto..., puede que tenga que ir a un sitio con mis padres —mentí—. Me parece que les prometí acompañarles. Y luego prometí a mi padre que le ayudaría a limpiar el sótano.

—Ya lo limpiaste la semana pasada —comentó Wilson—. Recuerdo que tuve que ayudarte a sacar el cubo de la basura. No podías con él.

—Pues es que no terminamos —se me ocurrió decir. La verdad es que miento fatal.

Mia jugueteó con el corazón de oro que llevaba al cuello.

—Tienes que venir, Jack. La fiesta no empieza hasta las seis. Me gustaría mucho que vinieras.

—Bueno, lo intentaré.

—Genial, Jack. ¡Hasta luego! —Mia se alejó pedaleando cuesta arriba hacia su casa.

«¿Debería ir? —me pregunté—. Mia me ha dicho que quiere que vaya. ¿Debería olvidarme de lo mucho que odio las fiestas? Sí —decidí—. Sí, a lo mejor me lo paso bien. ¡Sí!»

De modo que el sábado por la tarde fui a la fiesta de Mia. Y ya os lo podéis imaginar... ¡Me destrozó la vida para siempre!

4

La casa de Mia se encuentra a dos manzanas de la mía y está edificada sobre unos pilones. Es un poco peligroso, sobre todo cuando hay corrimientos de tierra. Pero desde allí tiene una vista increíble del mar.

Cuando llegué a la puerta estaba muy nervioso. En primer lugar porque no conocía a la madrastra de Mia. Mia pasa la mitad del año con su verdadera madre en Brentwood y la otra mitad aquí en Malibú, con su padre y su madrastra.

—¡Pasa! Encantada de conocerte. Soy Ángela Montez. —La madrastra de Mia me saludó en la puerta—. ¡Todos te estaban esperando!

—¿De verdad? ¿A mí?

—¡De verdad! —exclamó ella.

La madrastra de Mia tenía una sonrisa preciosa. A mí me cayó muy bien desde el primer momento.

Fui tras ella hasta el cuarto de estar y vi que saludaba a Mia.

—Mia, mira quién ha llegado por fin —anunció—. ¡Wilson!

—Ángela, ése no es Wilson, es Jack —replicó Mia.

—Vaya, lo siento, Jack. —La señora Montez me dio una palmadita en el hombro—. Bueno, que te lo pases bien de todas formas.

Mia se acercó y tiró de mi brazo. La habitación estaba plagada de niños y tuvimos que abrirnos paso entre ellos.

El techo estaba adornado con cintas rojas. El rojo es el color favorito de Mia.

Vi a mis amigos Ray y Ethan, que en ese momento estaban abriendo unas bolsas de plástico llenas de globos rojos.

—Eh, Jack, ayúdanos a hincharlos —me llamó Ray.

—Vale, ya voy.

Me caían muy bien Ethan y Ray. Eran unos chicos fenomenales y muy divertidos.

Le di a Mia mi regalo de cumpleaños. Quería comprarle algo que le gustara de verdad y me había pasado horas dando vueltas por el centro comercial buscando la sorpresa ideal.

—Gracias, Jack. ¡Estoy deseando abrirlo! —dijo ella fijando la mirada en las estrellas rojas del envoltorio—. ¡Mira! ¡El papel hace juego con mi ropa! —Mia señaló las estrellas rojas de su camiseta y sus pantalones blancos.

Bueno, el envoltorio le gustaba, por lo que me sentí muy bien.

Ray y Ethan me tiraron unos cuantos globos —eran de esos alargados— y empezamos a hincharlos. Después de inflar unos cincuenta, los lanzamos al aire uno tras otro, muy, muy deprisa. Una tormenta de globos rojos danzaba sobre nuestras cabezas.

Los niños se volvieron locos. No hacían más que brincar y darles golpes.

—¡Aquí, Jack! —gritaban—. ¡Tira alguno por aquí!

Era genial.

Entonces apareció Wilson.

—Hola a todos. ¡Mirad! —Cogió dos globos en el aire y se puso a retorcerlos tan deprisa que casi ni se le veían las manos—. ¡Tachán! —Alzó su creación para que todos la vieran.

Era la figura de un hombre con unas orejas enormes, las piernas rechonchas y una abultada barriga. Era idéntico a nuestro profesor de gimnasia, el señor Gordon.

—¡Eh! ¡Es el Gordo! —exclamó uno de los niños.

Todos se echaron a reír.

—¡Es alucinante, Wilson! —dijo Kara, la amiga de Mia.

—¿A que Wilson es un fenómeno? —me comentó Mia—. ¡Sabe hacer de todo!

—Sí —respondí acurrucándome en un rincón de la sala—. Es un fenómeno.

—¡Haz otra cosa! —le animó Mia.

Wilson reunió más globos e hizo un cerdo con cuernos. Y un elefantito con una trompa de metro y medio. Y una gallina gigantesca. Todos se volvieron locos con la gallina.

Yo casi me alegré cuando Mia anunció que era hora de jugar al Twister. Casi.

Odio el Twister. Ya os lo he dicho: odio todos los juegos de las fiestas.

Dejamos despejado el centro de la sala para que Mia pudiera colocar el juego. Yo me acurruqué más en mi rincón. Me deslicé hasta el suelo poco a poco para que nadie me viera.

—¡Jackie! —Wilson saltó por encima del juego y me levantó—. ¡A ver si puedes vencer al campeón!

Wilson es buenísimo jugando al Twister. ¡Cómo no!

—Oye, Wilson, no me apetece nada jugar. —Me libré de su garra—. Yo daré vueltas a la ruleta y los demás jugáis.

—No hace falta, Jack. —La boca de Wilson se abrió para mostrarme la sonrisota más grande que he visto en mi vida. Sabía que esa sonrisa significaba problemas.

Wilson se metió los dedos en la boca y lanzó un agudo silbido. Terminator entró brincando en la habitación.

—¡Da vueltas! —le ordenó Wilson al perro.

Terminator se acercó trotando a la ruleta y le dio un golpe con el morro para que diera vueltas.

Todos le aclamaron con entusiasmo.

—Que diga en voz alta el resultado —mascullé yo entre dientes.

Mia me oyó.

—¡Seguro que la semana que viene Wilson ya le habrá enseñado! —dijo riéndose.

—¡Mano derecha, rojo! —gritó alguien.

Todos se lanzaron hacia la alfombrilla. Wilson llegó primero. ¡Cómo no!

Terminator hizo girar la ruleta.

—Pie izquierdo, azul —anunció Mia.

Sólo con dos movimientos ya estábamos todos hechos un amasijo. La postura de Wilson era segura. Es rápido y siempre encuentra el punto más fácil donde aterrizar el primero. Yo no soy tan rápido. Tenía que estirar la pierna izquierda hacia atrás, por

encima de la cabeza de Ray, para alcanzar un punto azul.

De pronto sentí una punzada en el costado.

«Por favor, no dejes que me caiga —recé—. No quiero ser el primero en quedar eliminado. Si pierdo, Wilson me lo recordará toda la vida.»

Me empezaron a sudar las manos. Tres chicos tenían las piernas enrolladas en mi brazo derecho. Noté que la mano se me resbalaba del punto rojo. Se me dobló el codo. Intenté enderezarlo, pero no había forma. Se iba doblando poco a poco, cada vez más.

Wilson estiró el cuello para mirarme.

—¡Jack está tocando el suelo con el codo! —gritó.

—No —salió Ethan en mi defensa—. ¡Vueltas, Terminator!

Terminator dio vueltas a la ruleta.

Pie derecho, amarillo.

Amarillo, amarillo. Busqué frenético un círculo amarillo. Vi uno y alcé la pierna por encima de la espalda de Ray.

Y entonces oí el craaaak.

Me había hecho un roto enorme en los pantalones cortos. Me quedé petrificado.

—¡Lleva calzoncillos de Superman! ¡Qué guai! —gritó Wilson.

Todos se echaron a reír. Miré a Mia. Tenía la cabeza echada hacia atrás y se partía de risa. Con la cara como un tomate me levanté y salí a trompicones de la habitación.

—¡Espera, Jack! —Mia vino detrás de mí—. ¡No te vayas!

Pero no me iba a quedar allí ni loco. Ni loco. Me sentía totalmente humillado.

Mia me bloqueó el paso en la puerta.

—Por favor —me pidió dulcemente—. Quédate, por favor.

¿Podía decir que no? Por supuesto que no.

La señora Montez me dio unos pantalones cortos del hermano de Mia y volví al cuarto de estar.

Todos estaban sentados a una mesa muy larga, comiendo perritos calientes. Tuve que ocupar la única silla que quedaba libre, al lado de Wilson. Tomé un perrito y abrí la boca para darle un mordisco.

—¡Oye! ¡Espera! —Wilson me apartó la mano de la boca—. ¿A eso lo llamas tú perrito?

Puso el suyo al lado del mío. Su salchicha medía casi medio metro. Era el doble de grande que la mía.

Wilson echó atrás la cabeza y lanzó un aullido. Luego engulló su perrito caliente en dos bocados y esbozó su espantosa sonrisa. La sonrisa Wilson.

Me estaba volviendo loco de remate.

En la comisura de la boca tenía un asqueroso pegote de mostaza y me dieron ganas de restregárselo por la cara. «¿Lo hago? —me pregunté—. ¿Lo unto de mostaza?»

Pero antes de que pudiera hacerlo, Mia anunció que era el momento de abrir los regalos. Wilson se levantó de un brinco y fue el primero al salón, donde estaban todos los regalos apilados.

Todos los demás le seguimos.

Mia abrió primero el regalo de Kara: un puñado de pinzas para el pelo con corazones rojos.

Luego abrió el de Ray y Ethan: un puzzle de más de mil piezas. Entonces tendió la mano hacia mi regalo y yo contuve el aliento.

Desató con cuidado la cinta roja, abrió el papel... y lanzó una exclamación.

—¡Jack! ¿Cómo sabías que lo quería? —Alzó mi regalo para que todos lo vieran—. Es el nuevo disco compacto de mi grupo favorito, Purple Rose.

Sabía que le encantaría.

—Gracias, Jack. —Dejó el disco en una mesa y fue a abrir el siguiente regalo. Era un sobre, sólo un sobre, sin paquete ni nada.

—Es mío —me susurró Wilson.

No podía creer que Wilson sólo le hubiera regalado a Mia una tarjeta. Sólo una tarjeta por su cumpleaños. Pero ¿qué regalo era ése?

Mia abrió la solapa y se quedó un momento mirando el sobre.

—¡Guau! —gritó de pronto—. ¡Qué guai! ¡Qué guai!

Y alzó el regalo de Wilson. Eran dos entradas para el concierto de Purple Rose en el Hollywood Bowl el mes siguiente. Asientos de primera fila.

—¡Qué guai! —chilló ella otra vez—. ¡Es alucinante!

Wilson me dedicó su sonrisota típica y yo ya no pude soportarlo más. Lancé un grito de furia y salí corriendo de la casa.

5

Corrí con toda mi alma por el camino particular y luego por la oscura carretera. Una farola solitaria arrojaba un débil resplandor sobre las casas.

Los árboles y matorrales me salían al paso como si quisieran atraparme.

No sabía adónde iba, ni tampoco me importaba. Sólo quería alejarme de la fiesta.

—¡Espera, Jack! —oí que me gritaba Mia—. ¡No te vayas!

Miré hacia atrás y vi que venía corriendo. Ray, Ethan y Kara también me seguían. Pero no me detuve, sino que continué bajando por el tortuoso camino de la colina. Tampoco me paré al pasar por delante de mi casa.

—¡No te vayas, Jack! —exclamó Mia.

Miré de nuevo atrás y al ver que me estaban alcanzando, corrí más deprisa. Pasé por delante de unas casas oscuras, ocultas detrás de unos árboles.

La cuesta abajo de la carretera me hacía ir cada vez más deprisa. Yo casi volaba. Los dedos se chocaban contra la punta de las zapatillas. No podía haber parado ni queriendo.

Corrí hasta que la cuesta se nivelaba en la falda de la colina, donde una verja separaba la playa de la carretera. Pero en vez de detenerme, me lancé hacia la verja.

—¡Jack! ¡Jack! —Las voces de mis amigos se oían en lo alto de la colina, por encima del rumor del mar.

Miré a un lado y a otro de la playa, fijándome en las casas que

se extendían ante el mar, con escalones que bajaban a la arena y luces que bañaban la playa de un resplandor plateado.

No había sitio donde esconderse...

Pero de pronto se me ocurrió una idea.

La casa de la familia Dorsey, que estaba abandonada. Allí podía esconderme. Era una de las casas más bonitas de Malibú, pero hacía años que estaba deshabitada. Ahora estaba en ruinas. ¡Era un escondite genial!

—¡Jack! ¿Dónde estás? —Era la voz de Mia.

Tenía que darme prisa antes de que me encontraran. Eché a correr por la playa, por delante de casas con piscina y pista de tenis. Corrí como loco hasta que por fin llegué a la casa de la familia Dorsey.

¡Menudo cuchitril!

El gran edificio de dos plantas solía tener un enorme toldo que cubría todo el porche. Pero la lona se había caído y yacía hecha un amasijo en el suelo, flameando con la brisa del mar.

Subí con cuidado. En el suelo del porche faltaban varios tablones y otros estaban rotos. Salté por encima de un agujero y llegué a la entrada. La puerta de madera se había hinchado con la humedad y tuve que empujarla con el hombro para abrirla.

—¡Jack! ¿Dónde estás? —oí la voz de Ray cerca de la casa.

Entré y cerré la puerta en silencio. Enseguida me asaltó el olor de madera podrida y moho. Escudriñé en las tinieblas, intentando ver en qué habitación estaba.

Era una especie de vestíbulo. Más allá estaba el salón. Junto a una pared había dos sillas con los cojines rotos y la pared del fondo era toda de cristal. Fuera se veían las oscuras olas del mar rompiendo en la orilla.

A la izquierda se encontraba la cocina. A la derecha, un largo pasillo. Seguramente ahí estarían los dormitorios, pensé mientras me acercaba despacio, apoyándome contra la pared húmeda.

—¡Jaaack! ¡Jaaack! —Los gritos de mis amigos atravesaban las ventanas cerradas. Pero se desvanecían, cada vez más lejanos.

Entré en un dormitorio. Estaba vacío, excepto por un colchón que había tendido en el suelo.

Volví al pasillo y tanteé las paredes, intentando orientarme en la

oscuridad. Di un paso y tropecé con algo muy grande, que cayó al suelo con gran estrépito. Retrocedí del susto, pero luego me incliné para ver qué era y lancé un hondo suspiro: una tabla vieja de surf.

Volví al vestíbulo y entré en la cocina. El suelo de madera crujía bajo mis pies. La luz de la luna se filtraba por las sucias ventanas. En una encimera había cristales rotos y en el suelo, en un rincón, un cubo y una pala de juguete.

Me quedé bajo el rayo de luna, oyendo las olas batir contra la playa. El viento empezaba a aullar, sacudiendo los gastados tablones de la vieja casa. La madera crujía.

Me asomé a la ventana de la cocina y vi el toldo roto agitarse al viento, como un fantasma a punto de volar. En ese momento algo me pasó por encima del pie y grité asustado.

¿Era un ratón? ¿Una rata? ¿Algo más grande?

Yo temblaba de la cabeza a los pies. Aquella casa era aterradoradora de noche.

«Ya puedo salir —me dije—. No se oyen voces. Se habrán ido. Seguro que están todos de vuelta en casa de Mia, comiéndose el pastel. Y seguro que Wilson ya va por el tercer trozo», pensé furioso.

Estaba deseando llegar a casa, un lugar seco y acogedor.

Recorrí a oscuras la cocina. El suelo crujía a cada paso. Ya casi había llegado a la puerta, casi había salido de aquella casa fría y horrible. Di un paso más...

Y el suelo cedió.

Oí que los tablones se rompían, y me caí por el agujero, aunque conseguí sujetarme al borde con las manos y me quedé con las piernas colgando.

—¡Socorro! —grité.

Nadie podía oírme.

Intenté salir de allí, pero cuando quise auparme, los tablones crujieron y se rompieron. Entonces sí que me caí por el hondo agujero.

6

¿Era un agujero sin fondo?

No, aterricé de golpe en el sótano con las manos y las rodillas. Sentí una punzada de dolor, pero se desvaneció rápidamente. Por suerte el suelo estaba blando y esponjoso gracias a la humedad, así que no me hice mucho daño.

Respiré hondo... Y casi me asfixio con el agrio olor a moho. ¡Aj! Casi lo notaba en la lengua. ¡Y todo por culpa de Wilson! Wilson, que siempre tiene que demostrar que es el mejor. Que no me deja en paz.

«Bueno, vale, olvídate de Wilson —me dije—. Cálmate. Tienes que salir de este sótano asqueroso.»

Me puse a buscar unas escaleras, una puerta, una ventana, pero allí no se veía ni torta. Estaba todo oscuro, como si me hubieran echado encima una manta negra. Cuando caminaba a tientas, los pies se me hundían en el suelo podrido.

De pronto toqué algo con la rodilla. ¿Una silla? Tendí la mano. Sí, era una silla. Bien. Si había una silla allí abajo, a lo mejor podía utilizarla para subir de nuevo a la cocina, o para alcanzar la ventana del sótano. Seguí caminando despacio y me metí en un charco bastante hondo. Las zapatillas se me empaparon.

«Ésta me la vas a pagar, Wilson.»

Tropecé con una mesa y algo cayó al suelo con un ruido de cristales rotos. Luego oí que algo salpicaba en el agua y el corazón me dio un brinco. ¿Sería algún otro animal? ¿Otra rata? La verdad es que no quería ni pensarlo. Me palpitaban las sienes. ¿Cómo iba a

salir de allí? ¿No debería gritar pidiendo ayuda? Pero ¿quién me iba a oír allí abajo? Nadie.

Seguí avanzando con las piernas temblorosas y las manos extendidas delante de mí. Tropecé con otra mesa y la palpé. No, no era una mesa. Más bien parecía un banco de trabajo. Barrí la superficie con las manos y tanteé un martillo, un destornillador y... ¡una vela! Me puse a buscar frenéticamente una cerilla para encenderla. Manoseé todo el banco, pero nada. No había cerillas.

Entonces retrocedí y pisé algo cilíndrico, algo como... como una linterna. La levanté del suelo.

¡Sí! ¡Era una linterna! Busqué el interruptor con dedos temblorosos.

«Por favor, que funcione. Por favor, que funcione. Por favor, que funcione.» La encendí y un pálido rayo amarillento hendió la oscuridad. Era muy tenue, pero por lo menos podía ver.

—¡Estoy salvado! —exclamé.

Apunté la linterna delante de mí. Estaba en una sala pequeña, de paredes desconchadas y cubiertas de telarañas. En un rincón había una lavadora y una secadora oxidadas. Delante, una mesita de madera y una lámpara rota. Acerqué más la luz y vi un baúl. Pasé la mano por encima. ¡Aj! Estaba cubierto por una gruesa capa de moho húmedo y apestoso. Las bisagras chirriaron cuando lo abrí. Iluminé el interior con la linterna. No había nada. Nada excepto un libro viejo de páginas amarillentas.

Leí el título en voz alta:

—Lecciones de vuelo.

Me puse a hojearlo, buscando fotos de aviones.

Me encantan los aviones. Pero en el libro no había ni uno. Las páginas estaban llenas de dibujos antiguos, de hombres volando. Personas de todas las edades: hombres de barba blanca, mujeres con largos vestidos, niños con curiosos trajes antiguos...

Todos volaban por los aires.

Qué libro más raro.

Seguí hojeándolo, hasta que oí otra vez un chapoteo en el agua. Barrí el suelo con la luz de la linterna y me quedé Sin aliento.

—¡Ooooooh, noooooo!

Seguí moviendo la tenue luz, deseando no estar viendo lo que

veía. Pero a pesar de la penumbra distinguía los oscuros cuerpos, los ojillos rojos y brillantes, los dientes.

¡Ratas!

Docenas de ratas correteando, acercándose. Retrocedí de un brinco y me quedé mirándolas, horrorizado. Sus afiladas uñas repiqueteaban en el suelo, sus colas desgrednadas resonaban en los asquerosos charcos.

Un inmenso mar de ratas.

Me quedé petrificado y tuve que sujetar la linterna con fuerza para que dejara de temblar.

Las ratas chasqueaban los dientes y siseaban. El espantoso ruido resonaba en las húmedas paredes de la pequeña sala. Docenas de diminutos ojos rojos me miraban. El siseo era cada vez más fuerte. Las criaturas se atropellaban unas a otras dando latigazos con la cola, ansiosas por arrojarse sobre mí.

De pronto una rata enorme salió de entre las demás, me miró voraz con sus brillantes ojos rojos y enseñó los dientes. Yo intenté retroceder, pero choqué con la pared.

No podía escapar.

La rata lanzó un agudo chillido, se apoyó en las patas traseras... y saltó hacia delante.

7

—¡Nooooo! —grité intentando esquivarla.

La rata clavó las garras en el borde de mi pantalón corto y se quedó allí un momento, chasqueando los dientes. Luego perdió el equilibrio y cayó al suelo con un golpe seco. Pero otra rata se lanzó al ataque.

Di una patada con todas mis fuerzas y la rata salió volando por los aires. Todos los ojos rojos seguían mirándome. El siseo se había convertido en un fuerte chillido.

Comencé a espantar a las ratas con el libro mientras barría la habitación con el rayo de la linterna, buscando frenéticamente una salida.

¡Allí! Una estrecha escalera al otro lado del sótano.

Eché a correr pisoteando el mar de ratas, aplastándoles las escamadas colas. Las garras me arañaban las piernas. Dos ratas se me colgaron a las zapatillas cuando empecé a subir las escaleras. Me las quité de encima a patadas y oí el ruido húmedo que hicieron sus cuerpos al caer.

Por fin terminé de subir a trompicones y abrí la puerta. Salí jadeando al exterior, con el corazón palpitando a punto de salirse y tragando una bocada tras otra de aire marino salado.

No paré de correr hasta llegar a mi casa, hasta que sin aliento me dejé caer en el jardín. Miré entonces la ventana del salón. Se veía luz tras las cortinas blancas y mis padres estaban dentro. Estaba a punto de entrar en casa... cuando me di cuenta de que todavía llevaba el libro.

Vaya por Dios. Sabía que mis padres se enfadarían si se enteraban de que me había apropiado de algo que no era mío. Y lo peor es que me harían un montón de preguntas: ¿de dónde has sacado el libro? ¿Qué hacías en una casa abandonada? ¿Por qué no estabas en la fiesta?

«No pueden ver el libro», decidí.

Atravesé el jardín, oyendo el chapoteo de mis zapatillas mojadas, y fui al garaje, en la parte de atrás. Entré con mucho cuidado. La verdad es que nuestro garaje esta plagado de cosas. A mi padre le encanta coleccionar cachivaches de todo tipo. Allí ya no cabe ni el coche, ni siquiera se puede cerrar la puerta.

Rodeé un sillón de dentista y la escalera de aluminio de la piscina de la señora Green, escondí el libro dentro de un colchón rasgado y entré en casa.

—Jack, ¿eres tú? —me llamó mi madre desde la cocina.

—Sí —contesté subiendo por las escaleras antes de que me viera. No quería explicar por qué llevaba los pantalones mojados y llenos de barro. ¡Unos pantalones que ni siquiera eran míos!

—¿Qué tal ha ido la fiesta? —me preguntó.

—Bien, bien. Me marché un poco antes.

Al día siguiente salimos al jardín. Mis padres se disponían a marcharse para pasar el día fuera. Mi padre me dio una palmadita en el hombro.

—Volveremos esta noche, Jack. Éste será nuestro viaje de la suerte. El de verdad. Esta vez lo conseguiremos. Lo sé.

Papá siempre dice eso. Es agente de artistas, pero la verdad es que nunca da con nadie importante, nadie famoso. No tiene más que un puñado de actores con pequeños papeles. Uno interpreta a un revisor de tren en un programa de televisión.

Todas las semanas recita el mismo texto: «Todas a bordo.» Ya está. «Todos a bordo.» Una semana tras otra.

Y ése es el cliente más famoso de papá. Así que mi padre se pasa la vida buscando al «más grande».

El artista que se hará famoso y con el que mi padre ganará un montón de dinero.

Ese día mis padres iban a ir a Anaheim a ver a un nuevo grupo

musical.

—Espero que no estén locos —le dije a mi padre. La semana anterior se presentó a las pruebas una auténtica chiflada. Interpretaba una sinfonía de Beethoven dándose golpes en la cabeza. Después de dos notas se dio tal porrazo que se desmayó y mi padre tuvo que llevarla al hospital.

—No. Este grupo me ha enviado una cinta. —A mi padre le brillaban los ojos—. Y parece estupendo.

Mamá salió de casa y se dirigió hacia el coche.

—Vamos, Ted —le dijo a mi padre—. No vayamos a llegar tarde. Jack, te he dejado la cena en la nevera. ¡Hasta luego!

Morty y yo vimos desaparecer el coche y nos pusimos a jugar con un disco volador, hasta que sonó el teléfono.

Era Mia.

—Oye, siento haber estropeado tu fiesta —balbuceé.

—No te preocupes —replicó ella alegremente—. No la estropeaste. Volvimos todos a casa y nos lo pasamos de miedo.

—Ah, vale. Bueno, ¿qué vas a hacer hoy? —pregunté—. ¿Quieres ir a patinar?

Me encanta patinar. Se hacer unas curvas cerradísimas con un pie. Y soy el más rápido de todo el barrio, incluido Wilson.

—¡Claro! Por eso te llamo. Wilson tiene unos patines nuevos, con bolas en lugar de ruedas. Son mucho más rápidos que los normales.

—Oye, acabo de acordarme de una cosa. No puedo ir a patinar —dije—. Tengo que quedarme en casa para... regar las plantas.

Mia colgó.

Yo me asomé a la ventana del salón y mire la casa de Wilson al otro lado de la calle, esperando verle salir con sus malditos patines nuevos. Al cabo de un instante, Wilson salió patinando por el camino de su casa y bajó la calle a toda velocidad. Lancé un suspiro y salí al jardín.

—¡Ven, Morty! —sujeté el disco volador—. ¡Atrápalo!

Lo lancé y Morty dejó que le pasara por encima de la cabeza. No movió ni un músculo. Genial. ¿Y ahora qué?

—¡Ya sé, Morty! Vamos a buscar el librote que traje ayer.

Morty me siguió hasta el garaje. Saqué el libro del colchón roto

y me lo llevé a la cocina. En cuanto empecé a leerlo me quedé sin aliento.

—¡Morty! ¡Es increíble!



—¡Mira, Morty! ¡Puedo volar!

Morty ladeó la cabeza mirándome.

—Ya sé que suena muy raro. ¡Pero aquí lo pone! —Señalé la página que estaba leyendo—. ¡Los seres humanos pueden volar!

«Un momento. ¿Estoy loco? ¿Habré perdido un tornillo? La gente no puede volar.»

Morty subió de un brinco a una silla de la cocina y se quedó observando el libro. Se veía la imagen de una joven con los brazos extendidos a los lados y volando por los aires, con su pelo largo y rubio flotando tras ella.

Morty me miró, volvió a echar un vistazo a la página y con un ladrido se marchó de la cocina.

—Ven, Morty. ¿No quieres aprender a volar? —dije riéndome—. Morty, el Increíble Perro Volador. —Me volví hacia el libro y leí—: «Desde que el ser humano habita en la tierra, ha ansiado volar, flotar como los ángeles, surcar los aires como un murciélago, alzar el vuelo como un ave de presa poderosa. Todo eso ha sido un sueño irrealizable. Hasta ahora.

»El viejo secreto del vuelo humano es muy sencillo. Sólo hacen falta tres cosas: valor para intentarlo, una imaginación que vuele y un buen recipiente para hacer mezclas.»

¡Eh! Observé la página. Yo tenía todo aquello. Tal vez debería intentarlo. Al fin y al cabo no tenía nada mejor que hacer.

Seguí leyendo. En la siguiente página el libro explicaba exactamente lo que hacía falta para volar y enseñaba algunos

ejercicios prácticos y una poción mágica que había que tomar.

«Aprende el movimiento, bébete este invento», decía.

Finalmente, incluía un antiguo cántico que había que recitar. Y ya estaba. Ése era el secreto del vuelo.

Sí, vale. Puse los ojos en blanco. Eché un vistazo a la lista de los ingredientes necesarios para la poción. El ingrediente principal era la levadura «porque la levadura sube».

Hmmmm. Era verdad. La levadura subía. A lo mejor aquello daba resultado. Tal vez podía aprender a volar. Sería increíble. Surcaría el cielo, igual que mis superhéroes.

Podría volar, pensé mientras buscaba levadura en la despensa. ¡Algo que Wilson no lograría ni en un millón de años! Eso sí que impresionaría a Mia —ya casi la estaba oyendo: «¡Qué guai! ¡Qué guai! ¡Qué guai!» , gritaría al verme flotar por los aires, mientras Wilson se quedaba en tierra, como un gusano. «¡Me voy a poner ahora mismo! ¡Voy a aprender a volar!»

Claro que sabía que era una locura. Pero ¿y si daba resultado? ¿Y si funcionaba de verdad? Abrí la página de los ejercicios.

«Paso uno —leí en voz alta—. Extiende los brazos hacia delante. Flexiona ligeramente las rodillas. Ahora da cincuenta saltitos en esta posición.»

Lo hice. La verdad es que me sentía ridículo, pero lo hice de todas formas.

—«Paso dos. Siéntate en el suelo. Coloca el pie izquierdo sobre tu hombro derecho. Luego levanta la pierna derecha hasta colocarla detrás de la cabeza.»

Esto era ya más difícil. Mucho más difícil. Tiré del pie izquierdo hasta ponérmelo en el hombro.

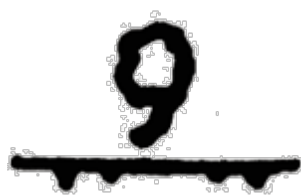
Me dolía muchísimo el costado, pero no pensaba darme por vencido. A continuación levante la pierna derecha, arriba, arriba, arriba, hasta la barbilla. Entonces perdí el equilibrio y caí de espaldas.

Lo intenté otra vez. Esta vez caí de costado. Aprender a volar no iba a ser tan fácil como creía.

Lo intenté una vez más. ¡Y lo conseguí! Pero lo malo es que me había quedado bloqueado. Y hecho un verdadero lío. Tenía el pie izquierdo sobre el hombro derecho, con los dedos metidos en la

oreja. El otro pie me presionaba tanto la nuca que tenía la cara aplastada contra el pecho.

Intenté desenredarme, pero dejé de forcejear al oír unas risas. No estaba solo.



—Pero ¿qué haces?

—Ray, ¿eres tú? —Intenté alzar la vista, pero no podía. Tenía la barbilla aplastada contra el pecho.

—Sí, soy yo. Ethan también ha venido. ¿Qué estás haciendo? —repitió.

—Debe de estar practicando para jugar al Twister —aventuró Ethan.

Ambos se echaron a reír.

—Muy gracioso, chicos —dije—. ¿Me podéis desenredar? Me he quedado atascado.

Ray y Ethan me desenredaron.

—Ah, mucho mejor. —Estiré los brazos y las piernas.

—Pero bueno, ¿qué estabas haciendo? —preguntó Ethan.

—Ejercicios —murmuré—. Hacía ejercicios para... esto... jugar mejor al tenis.

Pues vaya ejercicios más raros. —Ethan me miró con las cejas alzadas.

—¡Cómo ibas a estar practicando para jugar al tenis! ¡Si ni siquiera juegas al tenis! —exclamó Ray.

—Pero pienso practicarlo en cuanto pueda —me apresuré a replicar.

Ray entornó los ojos. No se lo creía, pero tampoco hizo más preguntas.

—¿Te vienes a jugar al baloncesto? —Sugirió Ethan.

No me apetecía ir a ninguna parte. Quería quedarme en casa a

solas para ver si podía aprender a volar.

—No, tengo que quedarme en casa con Morty —mentí—. No se encuentra bien.

Morty oyó su nombre e irrumpió en la cocina a toda velocidad, saltó encima de Ray y se puso a lamerle la cara.

—Pues a mí me parece que está estupendamente —dijo Ray, entornando de nuevo los ojos.

—No importa —terció Ethan—. Podemos quedarnos aquí y jugar a la pelota o algo así.

Ethan miró a su alrededor y vio el libro.

—No, lo siento. No puedo salir —dije tirando el libro a la basura—. Tengo que limpiar la cocina.

Me volví hacia la encimera y me puse a limpiarla con una bayeta. Luego empecé a ordenar las especias del estante, con las etiquetas hacia fuera.

—Y además tengo que quedarme en casa porque mis padres me van a llamar. Se han ido y me han dicho que no me aparte del teléfono.

¿Por qué? —quiso saber Ethan—. ¿Es algo importante?

—No me lo han dicho. Es una sorpresa. —Me encogí de hombros.

—Vale, pues nos vemos luego —dijo Ray.

Ambos se marcharon moviendo la cabeza. Yo saqué el libro de la basura y volví a la página de ejercicios. Los siguientes consistían en saltar y aletear los brazos, y los hice todos.

Por fin llegó el momento de recitar las palabras mágicas. Primero las leí para mis adentros, para asegurarme de que las sabía bien, y luego las recité con voz alta poco a poco:

—Hishram hishmar shah shahrom shom.

Subí a la silla de la cocina y di un salto para ver si me notaba diferente, más ligero, flotante. Aterricé con un golpe seco. «Supongo que para que esto surta efecto tengo que tomar los alimentos especiales para volar», pensé. Volví al libro. Era el momento de hacer la poción.

En un armario al lado de la nevera encontré un cuenco. Metí en él todos los ingredientes: diez yemas de huevo, una cucharada de jarabe de savia, dos tazas de harina, media taza de agua mineral y

cuatro cucharadas de levadura. Lo removí todo y comenzó a formarse una pasta amarillenta llena de grumos. Pasé la página y leí el siguiente paso.

—«Estás a punto de embarcarte en la aventura más gloriosa de todos los tiempos» —leí en voz alta—. «Sólo tú volarás con los halcones. Sólo tú surcarás el cielo hacia el sol. ¿Estás preparado?»

Asentí con la cabeza.

—«¿Has dicho que sí?»

Asentí de nuevo.

—«Pues te equivocas. No estás preparado. Pasa la página.»

Pasé la página. Era la última del libro.

—«Vacía un cuarto del contenido del sobre en el cuenco y mézclalo bien.»

¿Sobre? ¿Qué sobre? El resto de la página estaba en blanco, excepto por una pequeña mancha de goma seca. Pasé los dedos por la goma. Ahí había estado el sobre. Pero ¿dónde estaba ahora? Sacudí frenético el libro, pero no cayó nada.

—¡Oh, no! —gemí—. No está el sobre... No está el sobre...

«¡Un momento! ¡Ya lo sé!» Fui corriendo al cubo de la basura. ¡Ahí estaba! Un sobrecito negro. Debió de caerse cuando tiré el libro. Lo abrí, medí un cuarto del polvo azul brillante que había dentro, lo eché al cuenco y lo mezclé todo bien.

La pasta amarilla se volvió verde y de pronto empezó a crecer y burbujear. Primero eran burbujas pequeñas que rompían en la superficie, pero luego se fueron haciendo más grandes y estallaban con un fuerte PLOP.

PLOP. PLOP. PLOP.

«¡Qué asco!» Retrocedí. La masa palpitaba como un corazón. Miré aterrorizado mientras empezaba a gorgotear. Tragué saliva. Pero ¿qué había en aquel sobre? ¿Podía ser algún veneno! Se acabó lo de volar. Yo no comía aquella porquería asquerosa ni loco. ¡Ni hablar!

10

Fui a levantar el cuenco para tirar aquella pasta a la basura, pero aparté las manos cuando la masa se me vertió encima. No hacía más que desbordarse, con unos ruidos tan asquerosos que se me revolvía el estómago.

Volví a tender la mano, y en ese momento sonó el teléfono.

—Ya vamos para casa, Jack. —Era mi padre, que llamaba desde el coche. Parecía decepcionado.

—¿Tan pronto? —le pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Los componentes del grupo se han peleado. Nos llamaron al coche y dijeron que no nos molestáramos en ir a Anaheim. Se han separado. —Mi padre suspiró.

—Vaya, papá. No sé que decir.

—No te preocupes, Jack. Todavía noto que es mi día de suerte. No sé por qué, pero lo sé. Estamos en la autopista. Llegaremos en una media hora. —Y colgó.

«¡Uf! Más vale que tire esta masa antes de que vuelvan mis padres.» Me volví hacia la mesa de la cocina y lancé un grito de horror:

—¡Morty! ¡No! ¿Qué has hecho?



—¡Abajo, Morty! —grité.

Morty se había subido a una silla, y con las patas en la mesa y la cabeza enterrada en el cuenco, se tragaba un buen trozo de pasta verde.

—¡No, Morty! ¡Abajo! —repetí.

Morty alzó la cabeza, se relamió y se lanzó a por más engrudo de aquél. Atravesé a la carrera la cocina y miré dentro del cuenco.

—¡Nooooo! —gemí. ¡Se había comido casi la mitad!—. ¡Morty! ¿Qué has hecho? —Le saqué la cabeza del cuenco.

El perro se me quedó mirando con cara de culpable y las orejas gachas. Gimoteó suavemente y volvió a bajar la cabeza buscando otro bocado.

Lo llevé en brazos hasta el salón... y me quedé sin aliento al ver que salía flotando. Observé boquiabierto cómo mi perro echaba a volar y volvía a la cocina.

—¡Morty! ¡Estás volando! —exclamé.

¡Había funcionado! ¡No me lo podía creer! ¡Mi cocker spaniel estaba volando! Fui tras él como en sueños y lo vi salir flotando por la ventana.

—¡Morty! —grité, volviendo de pronto a la realidad—. ¡Espera!

Morty lanzó un agudo ladrido y se elevó por los aires. Salí corriendo a mirar. El perro estaba por encima de la casa y cada vez subía más.

—¡Morty, no! ¡Morty! ¡Morty, ven aquí!

Él agitaba las patas y ladraba completamente aterrorizado.

—¡Morty! ¡Morty!

Seguía flotando, acunado por el viento y moviendo las patas como si quisiera aferrarse a algo.

—¡Noooooooo!

¡Tenía que recuperarlo! ¡Tenía que rescatar a Morty! Pero ¿Cómo?

12

Yo sabía cómo. Sabía cómo rescatar a mi perro. Y sabía que no tenía elección.

Entré corriendo en casa y metí la mano en el cuenco para sacar un buen puñado de aquel asqueroso engrudo.

¡Aj! No podía comerme aquello. Era de lo más viscoso. «Te lo tienes que comer —me dije—. Tienes que salvar a Morty. ¡No hay más remedio!»

La pasta palpitaba y burbujeaba en mi mano, a la vez que un fino hilillo de humo se alzaba de mis dedos.

—¡Aaah! —gemí, metiéndome un puñado en la boca.

Me eché las manos al cuello. Me ahogaba. Aquello estaba caliente y amargo, y me quemaba la lengua. Pero por fin me lo tragué, tomé otro trozo y me lo metí en la boca. Tenía la lengua hinchada con aquel espantoso sabor. Me tragué un tercer pegote para estar seguro de que podía volar como Morty. Notaba que la mezcla se deslizaba, palpitando por mi garganta.

Al final salí de la casa con náuseas y miré el cielo. Morty flotaba sobre los árboles, pero todavía se oían sus gañidos. Parecía pequeñísimo allí arriba. No era más que una mancha oscura en el aire.

—¡Ya voy, Morty! —grité, haciéndome bocina con las manos—. No te preocupes. ¡Te salvaré!

Alcé los brazos al cielo y grité:

—¡VOY A VOLAR! ¡VOLARÉ!

Di un salto... pero no pasó nada.

13

Velocidad. Eso era. Tenía que coger velocidad.

Eché a correr por el jardín cada vez más deprisa. Las zapatillas desgarraban el césped. El sudor me chorreaba por la cara.

«Estoy listo —pensé—. Por fin estoy listo», me dije jadeando. Alcé los brazos, di un salto... y volví a caer. Nada.

—¡No lo entiendo! —gemí—. ¿Por qué no puedo?

¡Claro! ¡Los ejercicios!

Estiré los brazos delante de mí y empecé a saltar por el jardín como loco. HOP. HOP. HOP. Saltaba como un conejo chiflado.

«Ya está, estoy listo», pensé sin dejar de saltar frenéticamente.

—¡Morty! ¡Ya voy!

Mientras saltaba flexioné las rodillas y levanté los brazos por encima de mi cabeza. Con un salto más fuerte me elevé. Y volví a caer.

Pero ¡qué pasa! —exclamé sin aliento—. ¿Por qué no puedo volar como Morty?

¡Morty! Alcé la vista. Morty flotaba por delante de una nube. No era más que una manchita negra.

—¡Morty! ¡Vuelve! —grité. En ese momento me vino a la boca un gusto horrible. El sabor amargo de la pasta. La notaba palpar y arder en mi estómago. Estaba burbujeando, me subía por el pecho hasta la garganta, hasta la boca.

Eructé... ¡y despegue!

Mis pies se despegaron del suelo y me elevé rápidamente. ¡Estaba volando!

«¡Es increíble! ¡Estoy volando! ¡Estoy volando de verdad, como un superhéroe!»

Agité enérgicamente los brazos y las piernas.

No hacía más que subir y subir fuera de control. Volé por encima de mi casa, sobre los árboles, sobre las colinas de Malibú. Veía el mar azul, brillando muy abajo.

Morty seguía ascendiendo, muy lejos de mí.

—¡Ya voy, Morty! —grité.

No le quitaba la vista de encima e intentaba dirigir mi cuerpo hacia él.

—¡Uaaaaa! —Di un salto mortal en el aire y empecé a dar vueltas y vueltas hasta que por fin me detuve cabeza abajo.

El viento me elevaba cada vez más. No podía darme la vuelta. Seguía estando patas arriba y toda la sangre se me subía a la cabeza.

Atravesé una nube. Casi no podía respirar. No hacía más que forcejear para darme la vuelta. De repente me sentí mareado. «Los superhéroes no vuelan patas arriba —me regañé a mí mismo—. ¡Haz algo!»

Me llevé las rodillas al pecho y mi cuerpo se dio la vuelta. Había dado resultado. Ya estaba derecho otra vez. Pero ahora Morty se había quedado atrás. Me retorcí intentando girarme para divisarle. ¡Sí! Ahí estaba Morty. Y yo subía y subía acercándome a él.

—¡Aguanta, Morty! ¡Ya casi te alcanzo!

Sentí una ráfaga de aire en la cara. Dos petirrojos se apartaron volando de mi camino. Bajé la vista. Mi casa y mi garaje eran tan diminutos que parecían de juguete. Y la casa de Wilson era aún más pequeña que la mía. ¡Ja!

Estaba volando. Era increíble. ¡Estaba volando de verdad!

Cuando me acerqué a Morty, él se me quedó mirando. Le temblaba todo el cuerpo y no hacía más que gemir.

—Aguanta, muchacho. —Tendí las manos, pero no pude alcanzarlo. Intenté ganar velocidad, pero no sabía cómo. Lo único que podía hacer era flotar con las corrientes de aire en la dirección que querían. Quise atrapar de nuevo al perro, pero estaba fuera de mi alcance.

«¡Voy a perderlo para siempre!», pensé. En ese momento me

elevó una racha de brisa y floté con ella hacia arriba. Pero Morty hizo lo mismo. Oía sus aterrados gañidos mientras subía cada vez más hacia el sol. Yo me acercaba más y más. Estiré los brazos. Casi podía tocarlo. Casi.

Hacía mucho calor ahí arriba. Parecía que yo estuviese ardiendo. ¡Pobre Morty! Se estaba asando. La cabeza le colgaba sin fuerzas y tenía la lengua fuera. ¡No iba a salir de ésta!

Me acerqué un poco más. Tendí las manos otra vez y... ¡lo atrapé! Lo estreché entre mis brazos. Estaba temblando como un flan. De pronto bajé la vista y vi que seguíamos flotando cada vez más arriba.

«¡Oh, no!» De pronto se me ocurrió una idea espantosa: iba a seguir subiendo y subiendo. ¡No sabía cómo bajar!

14

Seguía subiendo. Me palpitaban las sienes. El mundo se encogía cada vez más debajo de mí. Apenas distinguía mi casa, que podía caberme en la palma de la mano. El mar se extendía a lo lejos como una alfombra azul y la playa era una estrecha banda amarilla.

Estaba mareadísimo. Morty bajó la vista y gimió.

—No pasa nada —le tranquilice—. Nos vamos a casa.

«Pero ¿cómo? ¿CÓMO?»

Sujeté a Morty con una mano, estiré el brazo que me quedaba libre y apunté hacia la derecha... ¡Y viré a la derecha! ¡No estaba mal! Señalé hacia la izquierda, y me desvié a la izquierda. ¡Aquello era genial! Entonces apunté hacia abajo. «¡Uaaaa!»

Empecé a caer en picado. Alcé el brazo rápidamente, y subí. Si juntaba bien los pies, aumentaba la velocidad. Si los separaba, iba más despacio.

¡Alucinante!

Surqué el cielo, floté, planeé, me deslicé, ascendí. ¡Hasta volé de espaldas! Dejé que la brisa me subiera con suavidad, bajé el brazo y caí. Luego volví a elevarme. Bajé la mirada y observé cómo las casas punteaban las colinas trazando un dibujo perfecto, hasta la playa. Vi la piscina de la señora Green, del tamaño de un sello, un sello muy azul.

Y el mar. ¡El mar! Volé rozando las olas, abrazado a Morty, y sentí que el agua fría me salpicaba la cara. Luego volví a las colinas. «Tiene gracia —pensé—. Debería darme miedo ver el mundo desde aquí arriba. Pero no me asusta en absoluto. De hecho, me siento

más seguro, más tranquilo. Las cosas no son tan confusas como cuando se está abajo.»

Junté los pies y pasé volando por encima de mi colegio.

—¡Eh, Morty! ¡Mira quién está en el patio!

Son Ray y Ethan jugando al baloncesto.

Pasé oculto tras unos árboles y me dirigí hacia casa. No quería que Ray y Ethan me vieran. No quería que supieran que podía volar. Primero quería enseñárselo a Mia. «Ya verás cuando se entere», pensé, elevándome en el aire.

Y cuando Wilson me vea. ¡Ja! Ahora sí que cerrará la boca para siempre.

Me puse a imaginar todo lo que haría ahora que podía volar. De pronto bajé la vista y vi que el coche de mis padres entraba por el camino.

—¡Oh, no, Morty! ¡Papá y mamá han llegado!

¿Me habrían visto? En ese caso, estaba perdido. Pensarían que aquello era demasiado peligroso y no me dejarían volar nunca más.

«Por favor, por favor, que no me hayan visto», supliqué.

—¡Eh, mira ahí arriba! —oí que exclamaba mi a padre.

15

Bajé por detrás del garaje y dejé a Morty en el suelo.

—¿Qué has visto? —preguntó mi madre a mi padre.

—Un pájaro en el tejado del garaje. Creo que era un cóndor.

—No se ven muchos —comentó mi madre cerrando la puerta del coche.

¡Uf!, suspiré aliviado. No me habían visto.

—¡Eh! —Morty había empezado a flotar otra vez—. ¡Abajo! ¡Abajo! —Al final tuve que atarle una piedra a la correa.

El perro dio unos pasos inseguros. La piedra no le impedía caminar y tenía el tamaño justo para mantenerle pegado al Suelo. Morty se dirigió directamente a su caseta y yo entré corriendo en la cocina.

¡Menudo desastre!

El suelo estaba manchado de levadura y harina. Las cáscaras de huevo se amontonaban en un viscoso charco de yema y había pegotes de pasta verde pegados a las sillas, a la encimera, por todas partes.

Justo en ese momento mis padres abrían la puerta principal.

No había tiempo de limpiar aquello. Metí el sobre negro en el libro y salí disparado por la puerta trasera hacia el garaje. Una vez allí, volví a guardar el libro dentro del viejo colchón.

—¡Jack! ¡Ya estamos aquí! —gritó mi padre.

—¿Dónde andas? —preguntó mi madre.

—¡Hola! —Saludé yo, irrumpiendo en la cocina por la puerta trasera.

—¡Pero bueno! ¿Qué ha pasado aquí? —Mi padre recorrió la sala con los ojos desorbitados.

Mama olisqueó el aire.

—¿Qué es ese olor tan espantoso?

—¿Aquí? —pregunté intentando pensar una buena excusa.

Mis padres se me quedaron mirando, esperaban una explicación.

—Ah, aquí, queréis decir —dije balanceando un brazo—. Pues era... un experimento científico para el colegio. Pero no me ha salido muy bien.

Al día siguiente me desperté muy temprano. Quería volar otra vez antes de ir al colegio, antes de que se levantaran mis padres.

Me vestí a toda prisa y entré sin hacer ruido en la cocina.

—¡Hola, Jack! Qué madrugador. —Mi padre ya estaba desayunando en la mesa—. ¡Si son las cinco!

—No... no podía dormir —balbuceé sorprendido por encontrármelo allí—. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—Me ha despertado el teléfono. Era para avisarme de un espectáculo que tengo que ver sin falta: Nelson y sus increíbles agujas.

—¿Sus increíbles agujas? ¿Y qué hace ese tipo?

—Bueno, Nelson no es un hombre —me explicó mi padre—. Es un chimpancé. Y las agujas son agujas de hacer punto. Su dueño dice que Nelson es capaz de tejer un jersey en diez minutos. Con mangas y todo.

¿Un mono que hacía punto? Lancé un hondo suspiro. Mi padre también suspiró.

—Pero bueno, la llamada no me ha venido tan mal. Por lo menos hoy empezaré pronto a trabajar —se consoló mi padre terminándose el desayuno.

Cuando mi padre se fue, mi madre ya se había levantado. Era demasiado tarde para ponerme a volar. Tendría que esperar hasta después del colegio, cuando mi madre estuviera trabajando y mi padre no hubiera llegado a casa. Entonces volaría para Mía, decidí.

¡Me moría de ganas!

Cuando por fin acabaron las clases, salí disparado del colegio

antes de que Mia y Wilson pudieran alcanzarme. No había hablado con ellos en todo el día. Tenía miedo de irme de la lengua y contarles mi secreto. No quería decirles que podía volar. ¡Quería que lo vieran con sus propios ojos!

No paré de correr hasta llegar a casa. En cuanto entré tiré la mochila y bebí un vaso grande de zumo de naranja para reunir fuerzas. Luego llamé a Mia.

Nadie contestó el teléfono. Todavía no había llegado a casa.

Decidí que le daría diez minutos más.

Fui a mi habitación y me puse a dibujar a mi nuevo superhéroe: ¡YO! Me dibujé volando sobre Hollywood Hills, muy por encima del enorme cartel de HOLLYWOOD.

«Tal vez debería contarles a mis padres que sé volar —pensé mientras dibujaba—. Así no tendré que esconderme y podré volar siempre que quiera. ¡No! ¡Ni hablar! —decidí—. Pensaran que es demasiado peligroso. Creerán que soy un bicho raro y me lo prohibirán. No, no puedo decirles nada. Tengo que guardar el secreto.»

Alcé el dibujo para verlo bien. Sólo hacía falta una cosa más para que quedara perfecto: una capa de superhéroe. Mientras la dibujaba me puse a pensar en Wilson, y en la cara que pondría cuando se diera cuenta de que se habían terminado las competiciones para siempre, cuando viera que no podría volverme a ganar en nada, nunca. ¡Cuando me viera volar!

Me levanté de un brinco y fui a llamar a Mia. Seguían sin contestar. Entonces me acerqué a la ventana de mi habitación. ¡Eh! ¡Allí estaba! Delante de la casa de Wilson. Con Wilson.

Wilson bajaba por el camino con sus magníficos patines nuevos. Al final había colocado una pequeña rampa y se dirigía a toda velocidad hacia ella. Subió por la rampa y salió volando por los aires.

—¡Yujuuuu! —gritó, mientras alzaba los puños y realizaba un aterrizaje perfecto.

Mia aplaudió.

«¡Ja! ¿A eso lo llamas volar, Wilson? —pensé—. Se te ha acabado la chulería. ¡Ahora verás!»

Abrí la ventana y salí al pasillo. Respiré hondo y eché a correr.

Atravesé mi cuarto y salté por la ventana. Abrí los brazos... y caí como una piedra.

16

—¡Uuuff!

Aterricé de espaldas sobre los blandos setos bajo mi ventana. Me quedé allí tumbado un rato, sin respiración y con todo el pecho dolorido. Moví los brazos y las piernas. No parecía tener nada roto.

¿Qué había ocurrido? ¿Ya no podía volar? Tal vez la receta secreta sólo servía para un vuelo. O quizás tenía que despegar desde el suelo. Sí, debía de ser eso.

—Jack, ¿estás bien? —Mia se acercó corriendo—. ¿Qué ha pasado? ¿Te has caído por la ventana?

—¡Mira que caerse por una ventana! ¡Eso sólo puede pasarle a Jack! —se burló Wilson—. ¡Desde luego hay que ser torpe para caerse por una ventana!

—No me he caído por la ventana —protesté. No sabía qué más decir.

—Sí que te has caído, Jack. Te hemos visto. Lo vimos todo. —Wilson se volvió hacia Mia con una amplia sonrisa—. Seguro que Jack estaba otra vez practicando para el Twister.

Me levanté y me sacudí con la vista gacha para no tener que mirar a ninguno de los dos.

—Ven, Jack. —Wilson me tiró del brazo—. Quiero enseñarte una cosa. Es algo muy importante. Algún día podría salvarte la vida. Se llama puerta.

Mia se echó a reír. Yo, rojo como un tomate, aparté de un manotazo el brazo de Wilson.

Muy bien, Wilson. Esto se ha acabado. Ya estoy harto de ti, de

tus alardes y de tus malditos chistes.

Respiré hondo.

—Os voy a enseñar una cosa —anuncié.

Junté los pies, levanté los brazos hacia el cielo.

«Espero que esto funcione —recé—. Por favor, que no haga el ridículo.»

Me puse de puntillas...

17

Doblé las rodillas, respiré hondo y cerré los ojos, dispuesto a despegar.

—¿Jack? ¿Jack? ¿Dónde estás? —llamó una voz.

—¿Eh? —Abrí los ojos y bajé despacio los brazos.

—¿Jack? —Era mi madre. Había llegado temprano del trabajo y estaba asomada a la ventana de mi habitación.

Lancé un hondo suspiro.

—¿Qué pasa, mamá?

—Jack, quería hablar contigo antes de que te marcharas. Estoy haciendo limpieza general y necesito que me ayudes a vaciar el armario de papá.

¿Puedes subir a echarme una mano?

—Está bien. Voy para allá.

Mi madre se retiró de la ventana.

—¿Jack? —Se asomó de nuevo.

—¿Qué?

—¿Morty está bien? No ha salido de su caseta desde ayer.

—No te preocupes, mamá. No le pasa nada. Es que ayer hizo mucho ejercicio y debe de estar agotado.

La verdad es que esa mañana había intentado sacar a Morty de su caseta, pero no quería ni moverse. El pobre debía de tener miedo de salir volando otra vez.

Wilson volvió a su casa y Mia se fue con él.

—Nos vemos cuando termines de ayudar a tu madre —me dijo ella—. En casa de Wilson.

—Sí, claro —contesté, aunque no pensaba ir.

—Tienes que probar su rampa de patinaje. La ha construido él mismo y es alucinante. Sales volando por los aires.

«Sales volando por los aires.» Las palabras de Mia resonaban en mi cabeza mientras les veía cruzar la calle. Ya te enseñaré yo a volar por los aires, Wilson. Espera y verás.

18

A la tarde siguiente volví corriendo del colegio.

Había quedado con Mia y Wilson delante de mi casa. Creían que iríamos a patinar. ¡Ja! Yo tenía en mente algo mucho mejor, hoy era el día en que les enseñaría que podía volar.

Dejé la mochila en el vestíbulo, salí al jardín miré el cielo. Negros nubarrones cubrían las colinas. Cuando Mia y Wilson aparecieron, empezó a caer una lluvia torrencial. Un relámpago restalló en el aire.

—Supongo que habrá que esperar a mañana —dijo Mia.

—Eso parece —murmuré mientras se alejaban corriendo.

Al día siguiente volvió a llover al otro también. Y al otro. No podía volar. No tuve posibilidad de que Wilson viera que era un fracasado. Me quedé junto a mi ventana, oyendo las gotas de lluvia. ¿Es que nunca llegaría el momento de volar?

El viernes Mia tenía que ir al dentista después de las clases. Y el sábado y el domingo no íbamos a vernos. Yo tenía que preparar un trabajo trimestral para entregarlo el lunes y todavía no lo había empezado. Aunque la verdad es que no me preocupaba porque sabía exactamente sobre qué iba a tratar: la historia de los cómics en Estados Unidos. Sacaría un sobresaliente, estaba seguro.

Me levanté temprano el sábado y me puse a trabajar enseguida. Me pasé horas sentado delante del ordenador. Estuve todo el día escribiendo. Y el domingo saqué los lápices de colores y me puse a dibujar las ilustraciones del trabajo.

Superman, Spiderman, Namor, La Patrulla X... Todos mis héroes favoritos. Mientras dibujaba la S del traje de Superman, pensé en volar. Era alucinante flotar con una corriente fuerte o planear con una suave brisa. Me imaginé alzándome del suelo y elevándome sobre los árboles. Luego me vi flotando perezosamente entre las nubes y saliendo a toda velocidad a la estratosfera, como Superman. Imaginé que realizaba todo tipo de acrobacias: espirales, caídas en picado, volteretas hacia atrás... Pensé que hacía todo eso ante Mia. Y ante Wilson.

El lunes entregamos los trabajos. Era un lunes lluvioso.

«Hoy nada de volar tampoco —suspiré—. Pero ¿desde cuándo llueve así en California?»

El resto de la semana fue gris y tormentoso. Toda la semana. El viernes la profesora nos devolvió los trabajos. ¡Sí! ¡Había sacado un nueve! Y había escrito «Muy bien» en la primera página.

—Eh, Wilson, mira. ¡Un nueve! —Le enseñé el trabajo—. No está mal, ¿eh?

—Está muy bien —convino él—. Pero no es excelente. —Esbozó una sonrisa y alzó su trabajo. Tenía un gran 10, y la palabra «Excelente» escrita en él.

Noté que me ardían las mejillas. «Calma —me dije—. No va a estar siempre lloviendo.»

Nada más despertarme al día siguiente, fui corriendo a la ventana y abrí las cortinas. Los cálidos rayos del sol me bañaron la cara.

¡Genial! Alcé los puños al aire en un gesto de victoria.

Llamé a Wilson y Mia, y quedé con ellos en el parque. Mia llegó primero. Wilson apareció poco después muy emocionado.

—¡Eh, tengo buenas noticias! —Se acercó corriendo—. ¿Sabéis adónde voy de vacaciones en Semana Santa?

—¿Adónde? —preguntó Mia, ansiosa.

—¡A Nueva York! —exclamó él—. Mis padres me van a llevar a Nueva York. ¿Os lo podéis creer?

—¡Qué guai!—dijo Mia chocándole los cinco.

—¿Y tú adónde irás de vacaciones? —me preguntó Wilson.

—Pues... a ningún sitio. Mis padres tienen que trabajar

—murmuré.

—Vaya, qué lástima —contestó Wilson, aunque yo vi que no lo decía en serio—. Claro que mi viaje tampoco es gran cosa —prosiguió—. Ya he estado en Nueva York cuatro veces.

—¡Cuatro veces! —repitió Mia—. ¿De verdad?

—Sí, cuatro veces. Y la última vez viajé en el metro... ¡yo solo!

«Tienes razón, Wilson —pensé—. Nueva York no es gran cosa. Porque a nadie le va a importar tus fanfarronadas.»

—Oye, Wilson, ¿echamos una carrera? —propuse—. Así practicas un poco para que no se te escape el metro.

—No hace gracia, Jackie —replicó él—. Además, ¿para qué echar una carrera? Ya sabes que corro más deprisa que tú.

—Venga —insistí—. Hasta la bandera, ida y vuelta. Esta vez te voy a ganar, Wilson. Ya lo verás.

—¿Cómo me vas a ganar? —Se encogió de hombros—. Pero bueno, está bien.

Aquel era mi gran momento. El corazón me latía con fuerza. Iba a ganar la carrera. Y los dos se quedarían con la boca abierta... porque iba a volar.

Wilson y yo nos colocamos en la salida.

—Preparados, listos... —anunció Mia.

Alcé los brazos al cielo. Wilson Se volvió hacia mí, mirando extrañado mi curiosa postura.

—¡YA! —gritó Mia.

Di un salto... y despegué. Me alcé sobre la hierba, por los aires, hacia las copas de los árboles.

—¡Vayaaaaaa! —Chilló Mia pasmada mientras me elevaba.

Y ahora venía lo mejor. Miré abajo para ver la cara que ponía Wilson... Y di un grito de sorpresa.

Wilson estaba debajo de mí. JUSTO debajo de mí. A pocos centímetros de distancia. Wilson también estaba volando.

19

—¡NOOOOO! —chillé—. ¡No puede ser!

Estaba tan perplejo, tan horrorizado, que bajé los brazos.

Oh, no...

Caí en picado, lanzando un débil gemido mientras me acercaba cada vez más al suelo. Me puse a dar patadas como un loco y a agitar los brazos frenético, para acabar chocando de cabeza contra un árbol.

—¡Aaay! —Me hundí en la hierba todo dolorido. Allí, tendido de espaldas, miré a Wilson y me agarré el estómago, marcado sólo de verle.

Wilson volaba. Wilson planeó fácilmente hasta la bandera, volvió y bajó con suavidad.

—¡He ganado, Jackie! —exclamó mientras aterrizaba ligero como una pluma a mi lado.

—¡Cómo habéis hecho eso! —gritó Mia emocionadísima.

Wilson se puso las manos en las caderas.

—¡Bah!, es fácil —presumió—. No es nada.

Yo abrí la boca para decir algo, pero no me salió más que un grito. Wilson se echó a reír.

—Jackie, necesitas propulsores o algo así. ¡Tú a motor es bastante lento!

Se me cayó el alma al suelo.

—¿Cómo... cómo? —balbuceé.

—¡Bah!, yo siempre he sabido volar —dijo Wilson.

—¿DE VERDAD? —gritó Mia.

—No, no es verdad —rió él—. La verdad es que me enseñó Jackie.

—¡No! ¡Yo no! —logré exclamar por fin.

—Sí, Jack. ¡Lo que pasa es que no lo sabes! Te vi volar el día que me compré los patines nuevos.

—¿Cómo es que le viste volar? —quiso saber Mia—. Yo estaba contigo. ¿Por qué no le vi?

—¿No te acuerdas? —dijo Wilson—. Yo iba patinando muy por delante de ti porque no podías ir a mi ritmo. Así que pasé por casa de Jack para enseñarle los patines nuevos. Y le vi volar.

Yo me levanté despacio y me encaré con Wilson. Estaba dispuesto a liarme a puñetazos. Lo confieso, estaba fuera de control. Había estropeado mi gran momento. Lo había echado a perder. Tenía unas ganas tremendas de sacudirle, pero no sé cómo, logré contenerme. Tenía los puños tan apretados que me dolían.

Quería enterarme exactamente de cómo había aprendido a volar.

—Así que me viste. —Entorné los ojos—. ¿Y qué?

—Pues que te seguí al garaje y te vi esconder el libro en el colchón. Así que lo tomé prestado. Y seguí las fáciles instrucciones. —Se volvió sonriendo hacia Mia—. Soy como un auténtico superhéroe —dijo sacando pecho—. ¡Me encanta!

Luego me miró a mí.

—¡Eh, Jack! Tú podrías ser mi ayudante.

«¡YO NO QUIERO SER TU AYUDANTE, WILSON! Quiero ganar, aunque sea una vez, sólo por una vez. Quiero vencerte.»

Eso fue lo que pensé, pero no lo dije. No dije nada, sencillamente me marché.

«Tienes que admitirlo —me dije de mal humor mientras salía del parque—. Nunca vencerás a Wilson en nada.»

—¡Jack! ¡No te vayas! —me llamó Mia—. Quiero verte volar otra vez.

Ni hablar, pensé. Total ¿para qué? Seguí caminando.

—¡Por favor, Jack! Estabas genial ahí arriba. ¡Anda, repítelo!

Me detuve. Tal vez debería volar delante de Mia, impresionarla con algunas buenas maniobras de vuelo. Muy bien, decidí. Volaré una vez más para impresionarla.

Respiré hondo, estiré los brazos y despegué.

Subí y subí hacia la copa de los árboles.

—¡Vamos, Jack! ¡Vamos, Jack! ¡Vamos, Jack! —me animaba ella, sonriendo y gesticulando con la mano.

Viré a la izquierda y planeé a través de una esponjosa nube. Cuando salí al otro lado, Wilson me estaba esperando. Comenzamos a volar codo con codo, haciendo volteretas, cayendo en picado para luego volver a elevarnos. Nos compenetrábamos en todos los movimientos, como si hubiéramos practicado juntos mil veces.

Entonces Wilson se alejó. Dio vueltas debajo de mí, luego planeó detrás, y después debajo otra vez. «¡Yuujuuu!», le oí gritar por encima de mí. Di un brinco en el aire. No veía a Wilson. No sabía por dónde aparecería. De pronto se puso a dar vueltas a mi alrededor, como un pájaro enloquecido.

—¡Wilson! —grité—. ¡Ya vale!

—Anímate, Jackie —se rió él.

Entonces se puso delante de mí, cortándome el paso, tapándome la vista.

—¡Sal de ahí! —exclamé—. ¡Vamos a chocar!

Wilson lanzó un rugido, como un avión, y cayó en picado. Por fin pude ver. Aunque era demasiado tarde.

Me estrellé contra el palo de la bandera y, al caer al suelo, oí las crueles carcajadas de Wilson.

—¡Un aterrizaje perfecto, Jackie! —me dijo mientras se posaba suavemente delante de Mia.

Ella no hacía más que aplaudir.

—Bueno, me tengo que ir —anunció Wilson—. Llego tarde al partido de tenis. ¿Quieres venir? —me preguntó.

—No juego al tenis —dije yo con los dientes apretados.

—Ah, pensaba que sí —replicó él, asombrado—. Ray y Ethan me dijeron que ibas a clases de tenis. Bueno, me voy.

—Jack, yo también quiero volar. ¡Por favor! ¡Enséñame a volar! —me suplicó Mia en cuanto Wilson se marchó.

—No sé, Mia... Yo quería mantenerlo en secreto. Bueno, nadie sabe nada excepto Wilson y tú. Si vamos todos volando por Malibú, alguien se dará cuenta.

No me gustaba nada admitirlo, pero la verdad es que no quería

que Mía aprendiera a volar.

—Jack, tienes que enseñarme. No es justo que Wilson y tú voléis y yo no —se quejó ella—. ¡No es justo!

«Eh, un momento —me dije—. Tal vez debería enseñar a Mía a volar. Si soy yo quien le enseña, sí que se quedará impresionada. Ésta podría ser mi gran oportunidad.»

—Está bien. Te enseñaré a volar. Vamos a mi casa a por el libro de vuelo.

—¡Gracias! ¡Gracias, Jack! —Mía estaba tan ilusionada que me dio un abrazo—. ¡Me muero de ganas! —exclamó contentísima.

Cuando llegamos al garaje, me detuve en la puerta.

—¿A qué esperas, Jack? ¡Ábrela! —dijo ella, impaciente.

—Qué raro, está cerrada. Nunca la cerramos.

Di media vuelta al pomo, la puerta se abrió... y lancé un grito.

20

¡Nada! No había nada. Todo había desaparecido, el sillón de dentista, la escalera de la piscina de la señora Green, el colchón viejo... Todo.

Me quedé mirando el garaje vacío. No me lo podía creer.

—Ooooh, nooooo. Mi padre ha limpiado el garaje —gemí consternado—. Mia, no puedo enseñarte a volar. El libro ha desaparecido.

—Pero tú lo leíste, Jack. Tienes que acordarte de lo que decía —protestó Mia—. ¡Quiero volar! ¡Piensa! ¡Haz memoria!

—Es inútil —respondí—. Necesitamos el ingrediente secreto. Estaba en un sobre dentro del libro.

Mia movió la cabeza lanzó un gruñido, pero de pronto adoptó una expresión de calma.

—No pasa nada, Jack. Tal vez sea mejor así.

Eso de volar da un poco de miedo.

—¿No... no estás enfadada conmigo? —pregunté.

—No. No ha sido culpa tuya. ¿Sabes lo que creo, Jack?

—No. ¿Qué?

—Pues que no deberías volar más. O que deberías decírselo a tus padres. No es normal, ¿sabes? Y tengo un mal presentimiento.

Me encogí de hombros.

—Jack, te lo digo en serio. Creo que no deberías volar más. No es seguro.

—Pero yo no quiero dejarlo —protesté—. Es muy divertido. Es alucinante. Es increíble estar ahí arriba. Además, ¿qué podría

pasar?

Esa noche después de cenar fui corriendo a mi habitación para dibujar un nuevo superhéroe. Primero tracé el perfil de su figura. Se iba a llamar Capitán Flecha.

Aparté la silla de la mesa y me levanté para mirar un momento por la ventana. Luego volví al trabajo. Dibujé un carcaj púrpura de cuero, donde el Capitán guardaría sus poderosas flechas color carmesí. Después volví a mirar otra vez por la ventana. No sé..., dibujar superhéroes se me hacía un poco aburrido.

Fui a buscar a mi padre para preguntarle si quería jugar un rato al baloncesto. Estaba durmiendo junto a mi madre en el sofá del salón. Entonces llamé a Ethan y Ray por si querían salir a jugar, pero no podían, tenían deberes.

Atravesé de puntillas el pasillo y salí de casa por la puerta de atrás. Me quedé en el jardín mirando las estrellas. Era una noche perfecta, cálida, sin una sola nube en el cielo. Una noche perfecta para volar sobre Malibú.

Miré a mi alrededor por si había alguien y me elevé por los aires. Volé sobre los tejados, sobre los árboles, sobre la playa. Respiré hondo. El mar olía muy bien, muy dulce desde allí arriba. Una ligera brisa me agitaba el pelo. Estaba todo muy tranquilo, muy quieto. Me sentía muy libre en el aire, rodeado tan sólo de estrellas que parpadeaban.

Gané velocidad. El viento me azotaba la cara, la camiseta flameaba contra mi pecho. Las estrellas pasaban de largo, el mar se ondulaba suavemente debajo de mí. Miré las colinas de Malibú. Entonces me dirigí a Los Ángeles y sobrevolé la ciudad, inmensas hileras de luces.

Volé más deprisa, giré a la izquierda, luego a la derecha. Después hice un rizo y floté patas arriba ¡Era alucinante! ¡Tenía tanta suerte! ¡Podía volar, flotar, deslizarme por el aire!

—¡PUEDO VOLAAAAAR! —grité girando sin parar.

Planeé un rato de espaldas, mirando las estrellas, intentando identificar las constelaciones. Después di media vuelta y miré hacia abajo. Reinaba una oscuridad total. No se veían luces, ni farolas, ni faros de coches, ni casas, ni edificios.

Una oscuridad total.

Una oleada de pánico me sacudió. ¿Cómo había podido ocurrir?
¿Dónde estaba la ciudad? ¿Dónde estaba yo?

21

Aterricé entre altas hierbas, a un lado de la autopista, y eché a andar, buscando algún cartel que me indicara dónde estaba. Caminé sin arar. La noche estaba tranquila, excepto por los coches que pasaban a toda velocidad y los espeluznantes susurros que se escapaban de los matorrales junto a la carretera. Presté atención vi que se movían. Entonces sí que se me aceleró el corazón.

Eché a correr. Los coches camiones pasaban zumbando.

De pronto se oyó un fuerte rumor en un arbusto y distinguí unos brillantes ojos oscuros.

—¡Eh! —Una criatura peluda pasó corriendo delante de mí. ¿Sería un mapache? ¿Un zorrillo?

Seguí corriendo, hasta que por fin vi un cartel en la carretera. Aceleré todavía más. Iba jadeando y mis zapatillas de deporte levantaban nubes de polvo. Veía las letras blancas de la señal, pero no podía leerlas. De repente, un coche se detuvo a mi lado. Me di la vuelta... y me quedé sin aliento.

Era un coche de policía.

«¡Sí! —pensé contentísimo—. ¡La policía! Ellos me ayudarán a volver a casa.»

—¿Necesitas ayuda? —Uno de los oficiales salió del coche, se colocó bien la gorra y me miró a los ojos.

—Pues sí. Creo que me he perdido —le dije sin aliento—. ¿Pueden llevarme a casa, a Malibú?

—¿Cómo te llamas?

—Jack.

—Bueno, Jack. Estas bastante lejos de Malibú. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No respondí. ¿Qué podía decir, que había venido volando? Me llevarían, sí. Pero me encerrarían con todos los demás locos de Los Ángeles.

—Jack, ¿te ha traído alguien en coche?

Negué con la cabeza.

—Bueno, no habrás caído del cielo, ¿verdad?

—Parecía que estaba perdiendo la paciencia.

Yo me encogí ligeramente de hombros.

—Entra en el coche, Jack. —El oficial señaló la puerta con la cabeza—. Vamos a llamar a tus padres.

¡Oh, no! De pronto cambié de opinión. No podían llevarme a casa, pensé temblando de pánico. ¿Qué iba a decir a mis padres? ¿Cómo les iba a explicar aquello?

Me aparté un poco, pero el oficial tendió la mano para alcanzarme.

—Entra, Jack. Te ayudaremos.

—Esto... No, gracias.

Levanté los brazos... Y despegué. Cuando bajé la vista, vi que el otro agente salía de un brinco del coche. Ambos se me quedaron mirando con la boca abierta de par en par.

Seguí las luces de la autopista. No sabía qué otra cosa hacer. Cuando por fin volví a ver los edificios de Los Ángeles, lancé un suspiro de alivio.

Entonces giré en el aire y me dirigí hacia casa. Aterricé en silencio detrás del garaje. Me peiné un poco, me alisé la camiseta, respiré hondo y entré a hurtadillas en casa. Oí que mis padres estaban hablando en el salón y me paré en la cocina a escuchar. ¿Hablaban de mí? ¿Se habrían dado cuenta de mi ausencia?

—No se dónde más buscar —decía mi padre—. ¡He mirado en todas partes!

Se me aceleró el corazón. ¿Qué iba a decirles?

Contuve el aliento y seguí escuchando.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —exclamó mi madre—. Pero tenemos que conservar la calma. Pronto encontrarás otro cliente. Alguien con talento de verdad. Lo sé.

Lancé un hondo suspiro de alivio. No se habían dado cuenta de nada. La próxima vez tendría más cuidado, me prometí. Mucho más cuidado.

Mia tenía razón. Eso de volar podía ser muy peligroso. ¡Sobre todo si uno no sabe adónde va!

Fui de puntillas a mi habitación y cerré la puerta. En ese momento sonó el teléfono.

—¿Estás listo para la gran carrera de mañana? —Era Wilson.

—¿Eh? ¿Qué carrera? —pregunté.

—Le he dicho al señor Gordon que mañana haremos una carrera para todo el colegio.

—¿Qué clase de carrera?

—Una carrera que nunca olvidarán.

22

Al día siguiente me llevé a Wilson a un rincón durante la clase de gimnasia.

—¿Estás loco? ¡No podemos echar una carrera! —exclamé.

—Venga ya, Jack. No seas aguafiestas. —Wilson sonrió—. Lo que pasa es que sabes que vas a perder.

Al otro lado del gimnasio el señor Gordon estaba dando la noticia.

—Será una carrera especial —anunciaba—. Wilson nos ha prometido que será una gran sorpresa.

Yo me pasé la mano por el pelo.

—Wilson, ¿no ves lo que has hecho? —dije con voz chillona—. Cuando la gente descubra que volamos, nos arruinarán la vida.

Wilson se encogió de hombros y se agachó a atarse un cordón.

—No sé por qué te preocupas tanto. ¡Va a ser genial!

Recorrí el gimnasio con la mirada. Estaba desierto. Toda la clase había salido a esperar a que empezara la carrera.

—¿Estáis listos, chicos? —nos preguntó el señor Gordon asomando la cabeza por la puerta.

—¡Listos! —respondió Wilson.

Me sacó a rastras por el pasillo, que estaba desierto.

—Vamos, Jack. Todo el colegio está ahí fuera.

Todo el colegio. Ahí fuera. Todos los chicos del colegio Malibú nos iban a ver volar. Sería un desastre total, si seguía adelante con aquello, mi vida no volvería a ser la misma.

Al salir al patio tuve que entornar los ojos por el sol. Miré a la

multitud de chicos que, esparcidos a lo largo de la pista, esperaban a que comenzara la carrera. En ese momento alguien me tiró de la manga. Era Mia.

—Jack, ¿por qué haces esto? —me preguntó con cara de miedo—. Wilson me ha dicho que vas a volar.

—Yo no... no quiero —balbuceé—. Pero no puedo hacer nada. No tengo elección.

Mia miró a Wilson protegiéndose los ojos con la mano. El corazón rojo de su anillo brillaba al sol. Wilson hacía estiramientos en la línea de salida.

—Estoy muy preocupada por los dos —dijo Mia con la vista fija en Wilson.

Yo miré a la multitud. Los chicos se agitaban inquietos, observando, esperando. Yo sólo quería salir corriendo de allí, meterme en mi casa y quedarme escondido.

—¡Eh, Jack! —me llamó Ray entre el gentío—. ¡Ánimo! ¡Le puedes ganar! —Ethan estaba a su lado moviendo el puño en el aire.

—Wilson está listo —dijo el señor Gordon—. ¿Y tú, Jack?

Los chicos estaban gritando:

—¡Que empiece ya! ¡Que empiece ya!

A mí me latían las sienes. Notaba la camiseta húmeda en la piel, empapada de sudor.

¿Qué iba a hacer?

23

Tenía que volar. No había más remedio. Tenía que participar en la carrera y ganar. Me acerqué a Wilson.

—¿Listo, Jackie? —me preguntó esbozando su espantosa sonrisa.

Yo asentí con la cabeza. El señor Gordon levantó la bandera de salida.

—Preparados. Listos. ¡YA!

Wilson y yo salimos disparados por los aires. Yo despegué primero, con los brazos extendidos. Subí y subí, y me lancé hacia el otro extremo de la pista, dejando a Wilson muy atrás.

¡Sí! ¡Estaba ganando! ¡Por fin! Por fin le estaba venciendo.

Me giré en el aire y bajé un poco. Entonces miré hacia atrás.

Wilson se acercaba muy deprisa, tanto que al final me alcanzó.

—Hasta luego, Jackie. —Sonrió y se puso delante.

¡Oh no Wilson! ¡Otra vez no!

Me puse más tieso que una flecha y me impulsé hacia delante. Ahora volábamos codo con codo. Yo le veía tensar los músculos de la cara, intentando ganar velocidad. Pero no podía. No podía adelantarme.

Nos acercábamos muy deprisa al otro extremo de la pista. Yo volaba con todas mis fuerzas sin apartar la vista de la meta.

Llegamos a la vez. Yo me dejé caer al suelo.

—¡Empate! —exclamé sin aliento—. ¡Ha sido un empate!

¡Wilson no había ganado!

—¡Eh, Wilson! ¿Wilson? —miré a mi alrededor y alcé la vista. Wilson flotaba por encima de mí.

—¡Segunda vuelta! —exclamó. Y salió disparado.

Yo me lancé por los aires, pero era demasiado tarde. Wilson ganó la segunda vuelta, y la carrera.

—¡Has estado muy bien, Jackie! —Wilson me dio una palmada en el hombro—. Sabía que podía contar contigo... para que perdieras —dijo con una carcajada.

—No ha sido justo... —comencé.

—Oye, ¿qué les pasa? —me interrumpió él señalando a la multitud.

Estaban todos en silencio. Nadie vitoreaba ni aplaudía. No hacían más que mirarnos, inmóviles. Me volví hacia el señor Gordon, que tenía la boca abierta de par en par. Lentamente, me acerqué a Ray y Ethan. Me miraban muy serios.

—Bueno, chicos, ¿qué os ha parecido?

—¿Por qué no nos habías dicho que podías volar? —De pronto Ray esbozó una enorme sonrisa.

—Yo... ¡quería daros una sorpresa!

—Es alucinante. ¡Genial! —exclamó Ethan—. ¿Nos puedes enseñar?

—No, lo siento —me disculpé. Luego, mientras volvíamos al colegio, les conté toda la historia. Cómo había encontrado el libro y cómo lo había perdido.

—Nuestro equipo de baloncesto ganará todos los partidos —dijo Ray—. ¡Serás el primer jugador volador!

Ray y Ethan estaban emocionadísimos.

Pero más tarde, cuando volví a clase, vi las caras de los otros chicos, oí sus murmullos. Todos hablaban de mí. Algunos incluso se apartaban cuando me acercaba. ¡Me tenían miedo!

Esa tarde recorrí los pasillos con la cabeza gacha. No podía soportar las miradas, los murmullos.

—¡Jack! —La enfermera del colegio salió corriendo de su despacho y me paro en el pasillo—. Hay gente que quiere conocerte.

Dos hombres y dos mujeres esperaban muy tiosos en la oficina de la enfermera. Dos iban vestidos con trajes de ejecutivo, los otros dos llevaban pantalones caqui y camisetas, y me sonrieron

afectuosamente.

—Estas personas son científicos de la universidad —explicó la enfermera—. Han oído hablar de tu... tu talento especial. Y quieren examinaros a Wilson y a ti.

Retrocedí un paso, y uno de los hombres se me acercó.

—Si de verdad puedes volar, imagina lo útil que puedes ser para tu país, tal vez como arma secreta contra nuestros enemigos.

Tragué saliva. La mujer de los pantalones caqui me tendió la mano.

—Ven con nosotros, Jack. —Miró nerviosa a los otros—. No te pasará nada malo.

Los demás me miraron por encima de sus gafas y asintieron ansiosos con la cabeza.

—Sólo queremos examinarte. No será nada. Sólo unos pocos experimentos en nuestro laboratorio.

24

—¡NO! No quiero Ser una rata de laboratorio. ¡No quiero ser un arma secreta! —les grité.

Los científicos retrocedieron de un salto, sobresaltados por mis gritos, y yo salí disparado.

—¡Jack! ¡Ven aquí! —me llamó la enfermera.

Yo corrí como loco por los pasillos atropellando a los otros chicos, apartándolos a empujones de mi camino.

—¡Jack! No te haremos daño —oí que decía un científico.

Yo seguí corriendo con la cabeza gacha, zigzagueando por los atestados pasillos y abriéndome paso a codazos.

—¡Eh, cuidado! —iban gritando a mi espalda voces furiosas.

Por fin irrumpí por la puerta y bajé de un salto los escalones. No paré de correr hasta llegar a casa. Ni siquiera miré atrás. Corrí con todas mis fuerzas, a pesar de que mis pulmones estaban a punto de reventar. Abrí bruscamente la puerta, la cerré de golpe y me apoyé contra ella, jadeando como un loco.

—¿Jack? —me llamó mi padre desde el salón.

¿Qué hacía mi padre en casa a media tarde? Fui al salón y vi que estaba esperándome con mi madre. Papá se levantó con las manos metidas en los bolsillos.

—Jack, el teléfono no ha parado de sonar en toda la tarde —dijo muy serio—. Nos hemos enterado de lo que ha pasado hoy en el colegio.

Miré a mi madre, que asintió solemne.

—Estás metido en un buen lío. —Mi padre parecía enfadado de

verdad.

Yo tragué saliva.

—¿Por qué? ¿Qué... qué vais a hacer?

25

—¿Qué crees que tenemos que hacer, Jack?

—Mi padre paseaba de un lado a otro delante de mí—. No me puedo creer que no nos lo dijeras antes.

—Lo... lo siento —balbuceé—. Quería contaros que podía volar, de verdad, pero...

Mi padre mudó la expresión. Sus ojos llameaban de emoción.

—Si de verdad puedes volar, serás el mayor espectáculo del país. Vas a ser una superestrella, Jack. ¡Vas a ganar millones!

Mi madre esbozó una gran sonrisa.

—¡Por fin lo hemos encontrado! —le dijo papá—. No me lo puedo creer. Tanto tiempo buscando por todas partes, y lo teníamos delante de las narices. ¡Por fin hemos encontrado el GRAN espectáculo!

—¡Pasen, damas y caballeros! Bienvenidos a la gran inauguración de Marv's Malibu Motors.

—Marvil Milstein gritaba por un megáfono subido a un alto escenario. Había reunido a toda una multitud delante de su nueva tienda de coches. Yo estaba dentro del salón de espectáculos. Al asomar cabeza, vi cómo iba creciendo el gentío. Cientos de personas intentaban abrirse paso para entrar. Estaban todas apretadísimas, codo con codo bajo el ardiente sol. Esperando.

Esperándome a mí, el Increíble Niño Volador.

—¡Sí! —seguía gritando Marv—. ¡Aquí tenemos al Increíble Niño Volador! Dentro de unos instantes le verán volar sobre nuestra

nueva adquisición de Silver Hawk. ¡El Silver Hawk! —Marv señaló un reluciente coche plateado que giraba lentamente sobre una plataforma—. Un coche tan suave y silencioso que jamás pensarán que sus ruedas tocan el suelo.

La gente se apiñaba cada vez más. Por encima de la voz de Marv se oía el zumbido de la multitud.

—¿Dónde está el niño volador? ¿Es verdad que vuela? —preguntó un chiquillo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mi madre se acercó por detrás y me puso la mano en el hombro.

—Estás estupendo, Jack.

Miré el traje que me había hecho mamá. Un traje plateado de superhéroe con zapatillas color metal y una reluciente capa plateada.

—¡Es increíble la de gente que hay! —exclamó mi padre—. Diez cadenas de televisión con los equipos de los informativos. Y un montón de periodistas de todos los periódicos del estado. ¡Todos han venido a verte, Jack!

—No sé, papá. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—¿Una buena idea? No, no creo que sea una buena idea. ¡Es una idea genial! ¡Una idea alucinante! —gritó—. Y esto es sólo el principio, Jack. Pronto tendrás tu propio programa de televisión, tus películas, tus muñecos de acción, etc.

La multitud comenzaba a impacientarse.

—¿ESTÁN... PREPARADOS? —gritó Malibu Marv por el megáfono.

—¡Sí! —bramó la muchedumbre.

—¡Ha llegado la hora, Jack! —A mi padre le brillaban los ojos de la emoción.

Yo tenía que volar por encima de los coches con un cartel de propaganda que rezaba: VUELA CON EL SILVER HAWK. SÓLO EN MALIBU MARV.

Salí y subí a la plataforma para colocarme junto a Marv.

Desde allí miré a la multitud, sus rostros expectantes, la duda en sus ojos.

Entonces despegué. La gente lanzó una exclamación.

Volé por el local con el cartel, mientras todos me miraban con la

boca abierta.

—¡Está volando! ¡Vuela de verdad! —gritó alguien.

Escudriñé la multitud buscando a Mia, Ethan o Ray. Hacía días que no les veía. Sobrevolé todo el local, pero no di con ellos.

—¡Están viendo un milagro, amigos! —oí la voz amplificadora de Marv—. Y los precios de nuestro Silver Hawk son también un milagro.

Al día siguiente mi padre trajo a periodistas del *Time* y el *Newsweek* para que me entrevistaran. Me hicieron montones de preguntas: dónde había aprendido a volar, si podía enseñar a otros chicos, cuál era la receta secreta que había comido, cuáles eran las palabras mágicas que pronuncié. Después los fotógrafos me hicieron fotos mientras volaba por el jardín.

Luego aparecieron los del *People* y *TV Guide*. Me hicieron las mismas preguntas y me sacaron las mismas fotografías.

Mia me llamó por teléfono para saber si quería ir a patinar con ella por la tarde. A mí me apetecía mucho, pero no podía porque tenía una entrevista con alguien del *Wall Street Journal*. Yo quería decirles que hablaran con los de *TV Guide*, que ya lo sabían todo, pero a mis padres no les gustaría. Estaban esforzándose muchísimo para conseguirme todas aquellas entrevistas.

—¡Hasta luego! —les dije a mis padres a la mañana siguiente. Me iba al parque a jugar con Ray y Ethan.

—¡Eh! ¡Espera! —Mi padre irrumpió en la cocina—. ¿Adónde vas?

—A jugar al baloncesto con mis amigos. No llegaré tarde.

—Lo Siento, Jack, pero no puede ser.

—¿Por qué no? —pregunté desconcertado—. Hoy no tengo entrevistas.

—Porque el baloncesto no es el ejercicio adecuado para un superhéroe volador. —Mi padre me dio un golpecito en la espalda—. Tienes que hacer flexiones, correr y desarrollar los músculos y la resistencia para volar lo mejor posible. —Me empujó hacia la puerta—. Debes entrenarte todos los días, Jack. Todos los días. Venga, vamos a empezar. Te acompañaré al jardín.

No vi a Ray ni a Ethan ni a Mia en toda la semana. Tenía que

conceder entrevistas, hacer ejercicio y probarme disfraces. Incluso di un espectáculo en la inauguración de un nuevo restaurante en Santa Mónica.

Por fin llegó el sábado. Mis padres me dieron el día libre. Nada de entrevistas, ni ejercicios, ni trabajo. Podía hacer lo que quisiera.

Me levanté temprano para ir a patinar con Mia. Cuando salía por la puerta, mi madre me detuvo.

—Jack, no puedes salir así.

—¿Cómo? —pregunté mirando mi camiseta y mis tejanos cortos.

—Pues así —insistió ella—. Ahora eres una superestrella. Tienes que llevar el traje de volar cuando salgas para no decepcionar a tus admiradores.

—¡Pero mamá! —protesté—. No puedo llevar la capa para ir a patinar. ¡Y no pienso llevar mallas plateadas en el parque!

Llamé a Mia para decirle que no podía ir, luego me senté de mala gana en el salón a ver la tele. Sabía que haber volado delante de todo el colegio era un grave error. Sabía que destrozaría mi vida. ¡Lo sabía! Hacía semanas que no veía a mis amigos. ¡Probablemente no volvería a verles nunca! Me iba a pasar el resto de mi vida volando por ahí con un traje ridículo.

Me dediqué a cambiar de canal una y otra vez, viendo cómo los programas se sucedían en la pantalla. De pronto me detuve al ver a Wilson.

¡Wilson en la tele! Llevaba un traje de superhéroe genial que brillaba con un resplandor de neón. Me lo quedé mirando boquiabierto. Wilson volaba sobre la cima de una montaña, rescatando gente de los abruptos acantilados.

—¡Dentro de un momento volveremos con Maravilla Wilson y sus increíbles rescates! —anunció el locutor.

¿Eh? ¿Maravilla Wilson y sus increíbles rescates? Moví la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¡Yo actúo en inauguraciones de restaurantes y Wilson ya tiene su propio programa de televisión! —gemí.

¿Es que nunca iba a poder vencerle? ¿NUNCA?

En ese momento llamaron a la puerta y la verdad es que me alegré de marcharme de allí antes de que volviera Maravilla Wilson. Cuando abrí, me encontré con tres hombres muy serios vestidos con

uniformes verdes. Eran del ejército.

—¿Jack Johnson? —preguntó uno.

Yo asentí con la cabeza.

—Bien. —Tendió la mano—. Tendrás que venir con nosotros.

26

Estaba en una habitación de color verde pardo. Era un laboratorio del ejército, sin ventanas. La sala olía como la consulta de un médico, con ese fuerte hedor a alcohol. Observé la puerta, cerrada con un pesado cerrojo de acero. En un rincón había una silla con el respaldo lleno de ventosas de las que salían cables eléctricos. Supuse que así sería una silla eléctrica. ¡No pensaba sentarme ni loco!

Cuando vi que un grupo de científicos militares me rodeaba, se me desbocó el corazón. Me examinaron de arriba abajo, escribieron algunas notas y luego me observaron otra vez.

—Muy bien, Jack. Vamos a hacerte unas cuantas pruebas. ¿Estás preparado? —me preguntó uno.

—¡No! —grité—. No estoy preparado. Quiero irme a casa.

—Lo sentimos, Jack, pero todavía no te puedes ir. Ven, por favor.

Me llevaron a un gran patio cubierto por una lona. Era como estar en una gigantesca carpa de circo. Enseguida los científicos se pusieron a darme órdenes: «Vuela de espaldas. Vuela boca abajo. Vuela con los ojos cerrados. Vuela con las piernas cruzadas. Vuela sin respirar, vuela tocándote las orejas, vuela sin pensar en nada.»

Me ordenaron volar de mil maneras. Aquello no se acababa nunca. No me dejaron descansar hasta que jadeé como un perro. Entonces uno de ellos me ofreció una botella de agua y me hizo una seña para que me sentara en el suelo. Luego formaron un círculo a mi alrededor.

—Muy bien, Jack —dijo otro—. Ha llegado el momento de hacerte unas preguntas. En primer lugar, dínos cuánto tiempo hace que vuelas.

Las mismas preguntas, una y otra vez.

—Hace solo unas semanas —contesté.

Todos escribieron mi respuesta.

—¿Cómo aprendiste a volar?

—Pero ¿es que no han leído el *Time* o el *Newsweek* o la *TV Guide*? —dije yo.

—Limítate a responder, Jack —replicó muy serio el científico.

—Tomé una poción especial —dije poniendo los ojos en blanco con gesto de impaciencia.

Todos los científicos levantaron la cabeza a la vez.

—¿Qué había en esa poción?

—No me acuerdo.

—Sí que te acuerdas, Jack. —Un científico se me acercó y me miró fijamente a los ojos—. Contesta.

Yo intenté recordar lo que decía la receta, pero no había forma.

—E... es verdad. No me acuerdo —balbuceé.

—Haz memoria, Jack. Tú sabes lo que era. Dínoslo.

El corazón me latía con fuerza.

—No... me acuerdo, de verdad. No me acuerdo.

Los científicos no me creían. Me miraban sin pestañear aguardando mi respuesta. Yo bajé la cabeza para evitar sus frías miradas. ¿Dónde estaban mis padres? ¿Sabían que estaba allí? Notaba que las gotas de sudor me caían por la espalda.

—Dejen que me vaya, por favor —les supliqué.

—Lo siento, Jack —dijo uno—. Primero tendrás que responder.

—¡Pero no puedo! Ya se lo he dicho. ¡No me acuerdo de nada!

—Muy bien. Entonces proseguiremos. —Todos los científicos asintieron con la cabeza.

Lancé un suspiro de alivio.

—Jack, vamos a volver ahí dentro. —Me llevaron a la habitación—. Y ahora, siéntate en esa silla.

—¿Eh? ¿Qué me van a hacer?

27

Más preguntas. Después más demostraciones de vuelo. Luego me ataron a la silla de las ventosas, y eso fue lo peor. Midieron los latidos de mi corazón, el pulso y el ritmo del parpadeo de mis ojos.

Se pasaron horas y horas midiendo los más mínimos movimientos de mi cuerpo.

Luego me encerraron en un tanque de metal y me hicieron una especie de fotos con láser. Después, más preguntas.

Al cabo de diez horas mi padre me pedía disculpas en el sofá de casa.

—Lo siento mucho, Jack. No pudimos hacer nada. Nos dijeron que tenías que ir con ellos, pero no nos avisaron de que tardarían tanto. —Mi padre suspiró—. Yo estaba tan ocupado buscándote espectáculos que no te advertí que venían. Pero olvídale todo, Jack. Tengo grandes noticias. He preparado la carrera del siglo.

—¿Una carrera? ¿Qué clase de carrera? —pregunté.

—Una carrera entre Wilson y tú. El Increíble Niño Volador contra Maravilla Wilson. ¡Será vuestra primera aparición juntos! ¡Y el ganador recibirá un millón de dólares! Piénsalo, Jack. ¡UN MILLON DE DÓLARES!

—¿Un millón de dólares? —No me lo podía creer.

—La carrera se retransmitirá por televisión en todo el mundo. —Mi padre se levantó y se puso a pasear de un lado a otro—. La verán dos mil millones de personas.

¡Caramba! ¡Un millón de dólares! Y el mundo entero me vería volar como un superhéroe. Y Wilson y yo seríamos los chicos más

famosos de la tierra. ¡Era alucinante!

—Y si ganas la carrera, hijo, ganarás miles de millones. —Mi padre levantó las manos—. ¡Piensa en la de anuncios de televisión que harías! ¡Serías una estrella en todo el mundo!

Yo me levanté del sofá lentamente.

—Oye, tengo que salir a dar un paseo, papá. Necesito pensar un poco en todo esto.

Bajé por la calle dándole vueltas a lo que había dicho mi padre.

—¡Eh! ¡Ahí está el Increíble Niño Volador! —gritó alguien desde un coche que pasaba.

—¡Es él! ¡Es él! ¡El niño que vuela!

Ahora gritaban desde otros coches. La gente me señalaba, me saludaba, me vitoreaba desde casi todos los coches que pasaban. Yo aceleré el paso y agaché la cabeza.

—¡El niño volador de Malibu Motors! ¡El niño volador de Marv! —Más gritos—. ¡El niño volador Johnson!

Entonces oí unos pasos a mis espaldas. Al ver que me seguía un grupo de niños, eché a correr.

—¡Niño volador! ¡Espera! ¡Vuela para nosotros! Venga, despega. ¡Vuela por el barrio!

Corrí con toda mi alma y me escondí detrás de unos arbustos hasta que pasaron de largo. Luego seguí paseando, pero siempre a la sombra. «Voy a ser el niño más famoso del mundo —me dije intentando animarme—. Voy a volar delante de dos mil millones de personas... Y mi vida no volverá a ser la misma. Voy a ser rico y famoso.»

Rico y famoso.

Se me hizo un nudo en el estómago y se me tensaron todos los músculos. ¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de volar delante de dos mil millones de personas? Y lo más importante: ¿podría por fin vencer a Wilson?

28

Por fin llegó el día de la gran carrera.

Mis padres y yo fuimos hasta la falda de las colinas de Hollywood, donde comenzaría la competición. Desde allí despegaríamos Wilson y yo, volaríamos hasta el cartel de HOLLYWOOD y volveríamos a bajar.

Mi padre llevé el coche hasta la tribuna principal. Miles de personas habían acudido a vernos volar. Todas se abalanzaban sobre el coche y me miraban boquiabiertas. Una masa de cuerpos y caras nos seguían. Eran tantos que hasta tapaban el sol.

Yo escuchaba sus gritos desde el asiento trasero, en la penumbra:

—¡Es él! ¡Está aquí!

—¿Estás nervioso?

—¿Podemos hablar contigo antes de la carrera?

—¿Qué has desayunado?

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero?

—¿Vendrás a volar a nuestro colegio?

—¿Eres de otro planeta?

—¡Eh! —Alguien pegó un golpe en la ventanilla y yo di un brinco—. ¿Me puedes firmar un autógrafo? —Dio otro golpe y yo me acurruqué en el asiento.

—Es de lo más emocionante, ¿eh? —Mi padre me sonrió por el espejo retrovisor.

—¡Jack, te queremos! ¡Jack, eres increíble! ¡Jack, enséñame a volar! —sonaban los gritos a mi alrededor.

Cuando mi padre aparcó el coche, la muchedumbre se apretó contra las puertas, sin dejarnos salir. El coche comenzó a bambolearse bajo su peso. A mí se me desbocó el corazón y me sujeté al asiento con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos.

—¡Paso! ¡Apártense! —Un grupo de policías abrió un camino hasta el coche. Un agente abrió la portezuela, pero yo no me moví.

—Vamos, Jack. Ha llegado la hora —anunció mi padre.

Salí con las piernas temblorosas y la multitud estalló en un rugido ensordecedor.

—Jack, Jack, Jack —entonaban.

Los agentes de policía formaron una barrera para contener a la multitud, que seguía gritando y vitoreando. Por fin logré llegar a una enorme plataforma de cemento construida especialmente para la carrera.

La gente tendía los brazos para tocarme, me tiraban de las mangas, me asían de la capa frenéticamente, tiraban de mí. Yo forcejeaba para seguir andando, para librarme de aquellas manos ansiosas.

La policía intentaba contener al gentío, pero la oleada de gente era tan poderosa que rompió la barrera policial y se me echó encima. Me estaban aplastando. Me ahogaba, me asfixiaba entre manos, piernas y caras. Sentí un ataque de pánico. Había perdido a mis padres en el mar de cuerpos y la multitud me arrastraba.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack! —pronunciaban mi nombre una y otra vez.

—¡Mamá! ¡Papá! —intenté gritar por encima del estruendo.

No veía nada. No podía respirar. Intenté tomar aire. No iba a sobrevivir. La muchedumbre me devoraba, me devoraba.

29

Entonces alguien tiró de mí sujetándome por debajo de los brazos.

—Por aquí, Jack. —Dos agentes de policía me guiaron por los escalones de la plataforma. Otros cuatro con oscuros uniformes me rodeaban.

Cuando llegué arriba, respiré hondo y me quedé pasmado mirando a la gente. Eran miles de personas, una muchedumbre que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros.

—¡Jack! —Alguien blandió un micrófono en mis narices.

—¡Jack! ¡Aquí! —Otro micrófono.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack! —Cientos de micrófonos aparecieron de pronto ante mí, mientras se oía el incesante chasquido de las cámaras fotográficas.

—¿Crees que puedes ganar? —me preguntó un periodista.

—Yo...

—¿Cuándo aprendiste a volar? —me interrumpió otro periodista.

—Hace tres me...

—¿Cuál era la receta secreta?

Todos hacían preguntas a la vez y las cámaras no dejaban de chasquear.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack! —Todos me llamaban.

Yo estaba empapado en sudor. Tiré del cuello de mi disfraz plateado. Me estaba asfixiando. La gente seguía gritando mi nombre y el de Wilson. Miré al otro lado de la plataforma. Allí estaba

Wilson con su reluciente traje de superhéroe, las manos en las caderas y sacando pecho, riéndose con los periodistas, sonriendo para los fotógrafos y presumiendo ante las cámaras.

Me di cuenta de que disfrutaba con todo aquello. ¿Cómo podía? ¿Cómo podía gustarle aquello a nadie?

—Estamos a punto de empezar —me dijo el presentador mientras hacía una seña a Wilson.

—Allá vamos —Wilson me dio una palmada en la espalda—. Lo siento mucho, Jack.

—¿Qué es lo que sientes?

—Siento tener que derrotarte delante de dos mil millones de personas. Buena suerte, Jackie. La necesitarás.

Un árbitro con camisa a rayas nos pidió que nos estrechásemos la mano. Yo intenté espachurrarle los dedos a Wilson, pero él se limitó a esbozar su horrible sonrisa.

—¡La carrera está a punto de comenzar! —La voz del presentador resonó por el enorme altavoz.

El rugido de la multitud se acalló para convertirse en un susurro. El árbitro levantó la pistola para dar la salida. Yo respiré hondo y contuve el aliento con los ojos cerrados, esperando oír el disparo.

¡BANG!

30

El disparo resonaba en mis oídos. Abrí los ojos a tiempo de ver despegar a Wilson, que se elevó hacia el cielo con la capa flotando tras él.

Yo levanté los brazos, di un salto... Y aterricé de golpe. Una exclamación de asombro surgió entre la multitud. Alcé otra vez los brazos, temblorosos, doblé las rodillas y salté.

Aterricé de nuevo sobre la plataforma de cemento. Oía el rumor de la multitud, veía sus bocas abiertas, sus ojos como platos. Estaban todos perplejos.

Lo intenté de nuevo, pero nada.

Wilson volaba alto cerca del cartel de HOLLYWOOD.

—¡No puedo volar! —grité—. ¡Ya no puedo volar! ¡He perdido el don!

Mi padre subió de un brinco a la plataforma y me miró frenético.

—¡Inténtalo otra vez! ¡Inténtalo, Jack! ¡Sigue intentándolo!

Respiré hondo, flexioné las rodillas y di un salto con todas mis fuerzas. Nada. Volví a caer. Era inútil.

—¡He perdido el don! —exclamé—. Ya no puedo volar. ¡No puedo volar!

Wilson pasaba en ese momento por encima del cartel de HOLLYWOOD. Luego dio media vuelta para volver. «Wilson gana otra vez —me dije—. Wilson vuelve a vencer.»

31

Durante el verano no vimos mucho a Wilson.

Estaba muy ocupado volando todo el tiempo. Todas las semanas salía en su programa de televisión y hacía miles de exhibiciones por todo el país.

En otoño tuvo que dejar el colegio Malibú porque siempre estaba viajando, siempre ofreciendo espectáculos, siempre trabajando. Me enteré por la tele de que el ejército lo sigue vaya donde vaya y realiza experimentos con él para ver si pueden conseguir que otras personas vuelen.

Cuando Wilson está en casa, se encuentra demasiado cansado para ver a sus viejos amigos. Mia dice que no importa, que salir conmigo es mucho más divertido.

Yo he vuelto a mi vida normal. Morty también. Por fin salió de su caseta y ya no vuela más, sobre todo desde que le puse una placa de un kilo en su collar.

Ethan, Ray y yo vamos esta noche a ver un partido de los Lakers. Y Mia me ha invitado a ver mañana el concierto de Purple Rose. La semana que viene iremos juntos a clases de tenis.

Nunca hablamos de la gran carrera y la victoria de Wilson. Tampoco mencionamos la palabra «volar». No le he contado mi secreto a Mia. No se lo he contado a nadie. No he dicho nunca que todavía puedo volar, que el día de la carrera sólo estaba fingiendo.

Sí, habéis oído bien. Sólo fingía. Dejé que Wilson ganara. ¿Por qué? Pues porque sabía que era la única manera de ganar de verdad. Era la única forma de librarme de aquellos miles de

personas, la única forma de recuperar a mis amigos, la única forma de volver a mi vida normal, la única forma de ser feliz. Ya os he dicho que no soy de esos que andan siempre compitiendo. A mí no me gusta competir. Y no me importa ganar o perder. Así que tengo mucha suerte porque, aunque no me importa ganar, el caso es que gané.

A veces, por la noche, salgo de casa y vuelo sobre Malibú, por encima del mar. Miro las olas que brillan a la luz de la luna, planeo con el viento y me elevo hacia el cielo, sintiendo en el rostro la brisa marina.

Y pienso en la suerte que tengo, y en lo listo que soy. Y le deseo a Maravilla Wilson mucha suerte. De verdad.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.